

AÑO XXIX
NUMERO 1505

Sucesos

Precio único en el país

80 CENTAVOS

Santiago de Chile, 30 de julio de 1931



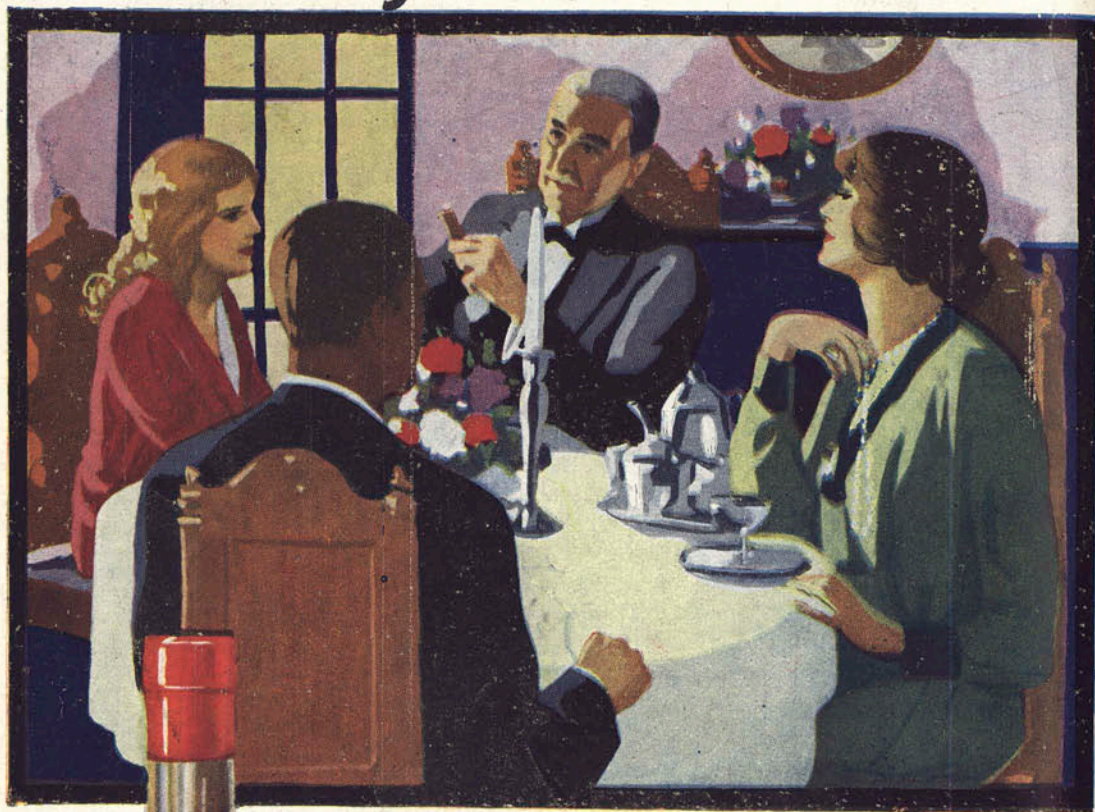
LIBRERÍA
CHILE
SECCIÓN
DIARIOS, PERIÓDICOS Y
REVISTAS CHILENAS

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

Juventud Univer-
sitaria, Renovado-
ra de la Patria

CHAO
32

Asegure su digestión



... Nada más sencillo que agregar a la
agüita, después de cada comida, una
cucharada de **ELIXIR ESTOMACAL**
SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)
M. R.

Laboratorios SAIZ DE CARLOS

Casilla 1197. — SANTIAGO
En venta en las principales far-
macias del mundo.

AVISO IMPORTANTE
Debido a una nueva or-
ganización, advertimos
a nuestros clientes que
pueden adquirir el pro-
ducto a precio más re-
ducido.

Base: Citrato Bismútico, Amónico y Extracto de Quina.

M. R.

Sucesos

Semanario de actualidades y literatura

F. LOPEZ PASSI

Director

SANTIAGO:

Redacción: Bellavista 073;
Casilla 84-D.; Teléfono
82429.

Administración: Bellavis-
ta 069; Casilla 84-D.;
Teléfono 82428.

VALPARAISO:

Avenida José Tomás Ra-
mos 151; Casilla 705;
Teléfono 5469.

SUBSCRIPCIONES

EN EL PAIS:

Anual..... \$ 38.00
Semestral..... 19.50

AÑO XXIX - NUM. 1505

Santiago de Chile,
30 de julio de 1931

Precio único en todo
el país: 80 CENTAVOS.

EL ASESINO MISTERIOSO

Cuento Policial por
ETHEL LINA WHITE

Ilustraciones de

KENNETH INNS

—★—

LA SOMBRA QUE MATA.—

Una sombra negra y fatídica se reflejó en la pared de la oficina de correos donde ya se preparaba para retirarse la jefe. Era ésta una simpática joven de ojos soñadores que parecían ocupar todo el óvalo de su cara. La sombra llevaba en la mano levantada una especie de arma alargada que la joven vio bajar rápidamente y nada más...

Cuando la encontraron con la cabeza partida y la caja de fondos saqueada, en sus labios se dibujaba todavía una encantadora sonrisa de inocencia.

La muchacha no tenía familia ni novio declarado, y estas circunstancias indujeron a pensar que se trataba de un simple robo, efectuado sí, en forma sumamente misteriosa. Era ya el quinto que se registraba en poco más de un mes y siempre la víctima era una mujer, joven o vieja, que tenía a su cargo algún dinero.

En este caso el crimen tuvo mucha resonancia por tratarse de una joven muy apreciada por la sociedad de su pueblo y que durante tres años había desempeñado el puesto de Jefe de Correos.

Según lo declarado por sus tres empleadas, era costumbre de ella permanecer en la oficina después de la hora en que todas se retiraban. Aquella tarde pensaba, por lo que ellas le oyeron, pasar una agradable velada en el cine.

LOS TERRORES SUFRIDOS POR KAY DEW EN UNA TARDE DE SEPTIEMBRE

En una casita muy simpática, rodeada de jardines, la viuda de Dew estableció un pequeño emporio donde en las calurosas tardes de septiembre se reunían muchos vecinos del pueblo para charlar sobre cosas de actualidad.

Aquella tarde el tema era, como se debe suponer, el crimen del correo. Una señora alta y gorda, dominaba a los contertulios con su poderosa personalidad.

—Nadie está libre de ese criminal, decía ella; cualquiera de nosotros puede encontrarse con el misterioso individuo y tal vez con una sonrisa en los labios nos dará el golpe fatal.

Kay, la hija de la viuda de Dew, escuchaba en forma distraída la conversación. Su atención estaba concentrada en un joven de aspecto distin-

guido, el cual, desde hacía varios días, con toda regularidad llegaba hasta allí a comprar sus cigarrillos. La muchacha recién salía del colegio para atender el negocio de su madre y fué un gran éxito su aparición tras el mostrador. Su gracioso rostro encuadrado por su cabellera de un rubio oro y su figura esbelta, hizo las veces de un imán poderoso dentro del emporio.

La gorda señora que hablara poco antes, observaba a través de la puerta abierta, cómo el pintoresco jardín iba quedando en la obscuridad a medida que el día se terminaba. Poco a poco los contertulios fueron dispersándose y por fin quedaron allí el joven que tanto interesaba a Kay y una nueva persona que llegó sin que nadie se diera cuenta. Era ésta, una anciana de encorvado cuerpo, vestida de una especie de manto raído a manera de hábito religioso que llegaba hasta sus pies. Su cara arrugada y de gesto duro denotaba sufrimientos a la vez que descontento. El joven, con un movimiento de impaciencia, salió también al jardín. Se veía que no quería irse sin decir algo a Kay.

—Mucho miedo debe pasar aquí, mi señorita, dijo la anciana con voz ronca, dirigiéndose a la joven.

—¿Miedo, y por qué?, preguntó Kay, riéndose.

—Es un lugar muy solitario para un negocio y atendido por una muchacha joven como usted. ¿Está usted sola?

—Sí, hermana, por el momento; mi madre llegará dentro de poco.

—Es usted muy valiente, señorita, pero debe tener cuidado, pues no todas las personas que llegan hasta aquí pueden ser buenas. Tenga cuidado. ¡El asesino misterioso busca las mujeres solas!

—Muchas gracias por la advertencia, que la tomaré muy en cuenta en lo sucesivo. Pero casi nunca estoy sola, siempre hay aquí un cliente.

—Es a ellos a quienes debe temer, respondió la mujer con una entonación y mirada que llamaron la atención de Kay.

—Supongo que no será usted una mala persona, dijo la joven con una sonrisa forzada y voz no muy tranquila.

—¡Oh, señorita, yo soy una pobre mujer que vivo de la caridad y para la caridad; tengo a mis pobres y recibo lo que mis caritativos semejantes me dan y no creo poder hacer mal a nadie, menos a una muchachita tan hermosa como usted.

Afuera, la obscuridad se hacía cada vez más intensa y la joven empezó a sentir una impresión desagradable que encogió su ánimo. Su rostro se tornó pálido cuando la desconocida empezó a buscar entre sus faldas algo, pero respiró al verla sacar una alcancía que le presentó, diciéndole:

—Una limosna para mis pobres.

La mujer dió una rápida mirada hacia el jardín donde permanecía aún el joven. En apariencia sólo estaba preocupado de mirar las volutas de humo de su cigarrillo, pero, en realidad no perdía de vista lo que pasaba dentro del almacén.

Kay, que empezaba a sentirse incómoda por los procedimientos misteriosos de la desconocida, no esperó una segunda palabra y se adelantó para echar su óbolo dentro de la alcancía que aquélla le presentó.

Su corazón dió un vuelco. Tenía miedo y pensó en que tal vez el joven que le compraba cigarrillos se podía ir y ella quedaría sola con esa mujer que ahora le causaba espanto. La impresión que sintió al pensar en ello fué tal, que oyó sin entender las palabras de la anciana.

—¿Y volverá luego su madre, señorita?

—No creo que vuelva tan pronto, contestó mirando el reloj. —Tenía que hacer varias compras.

Al notar la mirada sospechosa que recibió, se sintió arrepentida de haberle dado aquel dato, y con mayor razón cuando la vió dirigirse a la puerta que daba al jardín mirando distraídamente al joven que permanecía allí.



—He caminado tanto durante todo el día, que creo no me negaré el permiso de permanecer unos momentos aquí.

—De ningún modo, hermana. Tome asiento y descanse.

Parecía que el joven interesante, aburrido de la espera, había tomado la determinación de cumplir con el deseo de hablar con Kay. Cuando la mujer desconocida abrió la puerta para salir al jardín el joven entró y con él un rayo de esperanza penetró en el afligido corazón de Kay.

—Le agradan los cocktails, Kay.

—¿Y a quién no le gustan?, sonrió Kay.

—Entonces aceptará usted si la invito a comer esta noche. Por supuesto que no creo que usted le acepte a quienquiera sin conocerle, pero yo me presentaré. Mi nombre es Ramage y soy empleado del Stock Exchange.

La muchacha sintió palpar violentamente su corazón. Una sonrisa de felicidad apareció en sus labios y, aunque no pensaba aceptar la invitación que se le hacía, no se atrevió a negarse en forma categórica. Mientras ella permanecía indecisa de lo que iba a contestar, un nuevo parroquiano le pidió un frasco de miel.

Las conservas estaban en una división a la que la joven no alcanzaba, pero el galante Ramage se apresuró a sacar el artículo pedido, diciendo:

—No cabe duda que es una ventaja tener sels pies de estatura.

—Siempre tengo en mi casa miel, pero este año se me terminó muy luego. ¿Es de sus abejas la miel, Kay?

—Sí, señora, contestó extrañada la joven para quien la parroquiana era desconocida.

—Cuando yo era pequeña, en mi casa teníamos muchas colmenas y me gustaba mucho hacer rablar las abejas para que me siguieran y llegar con ellas hasta donde estaban los muchachos con quienes jugaba. Como me reía al verlos huir desaforados, seguidos de una nube negra de esos insectos. Ja, ja, ja, ¡qué gracioso!, ¿verdad?

La charla de la nueva desconocida sorprendió mucho a Kay, pues se veía claramente que no pensaba en irse tan luego mientras el joven Ramage se mostraba impaciente.



Después de unos momentos, que a la joven y su posible pretendiente se les hicieron muy largos, la desconocida se fué pasando cerca de la anciana que descansaba en el jardín. A Kay le pareció que entre ellas cambiaban ciertas señales de inteligencia incomprensibles para ella. —Hasta cuándo permanecerá esa vieja fastidiosa allí espiándonos, dijo de improviso Ramage, demostrando su impaciencia.

—Pobre mujer, contestó compasivamente la muchacha, debe estar muy cansada con todo lo que durante el día tiene que caminar.

—Puede ser, señorita Kay, pero, es necesario que me conteste mi proposición, ahora que no hay ningún oído inoportuno que la oiga.

—Pues bien, señor Ramage;— la voz de la joven era suave y persuasiva—debo decirle la verdad, no creo decente que una joven salga con un caballero a comer fuera de casa, menos aún en este caso en que por primera vez sé su nombre. Perdóneme, pero no puedo ni debo hacerlo. Si usted desea, espere la llegada de mi madre y podremos invitarlo a tomar té con nosotras.

—Muchas gracias, señorita, veo que le soy indiferente y no debo insistir. Las palabras salieron de boca de Ramage en un tono algo descomedido, en que se veía la herida que había sufrido en su amor propio.

—Hasta luego; tal vez tenga la dicha de no despertar su desconfianza cuando me conozca mejor.

Kay vio a su corteador encender un cigarrillo y después con pasos largos y decididos, atravesar el jardín y luego la calle, alejándose.

La anciana monja de rostro duro, extendió su alcancía hacia la joven, diciendo con voz ronca:—Algo para mis pobres...

dose rápidamente. La joven vió con placer la ida de Ramage, pues no le complacía su manera de ser en su requerimiento de amor; pero, cuando volvió la cabeza y se encontró con la mirada de la mujer fija en la suya, se arrepintió de no haber hecho algo por retenerlo a su lado. Al fin era un hombre y con su talla de atleta podía defenderla en caso de cualquier peligro.

—Si ésta mujer sigue aquí, voy a ponerme a gritar, se dijo la joven para su interior, tal era la nerviosidad que sufría.

Como si hubiera adivinado su pensamiento, la vieja se paró de donde estaba y llegó de nuevo hasta el mostrador.

—Ha sido una suerte que ese tipo se fuera. Parece ser un mal hombre. ¿Vive en la vecindad?

—No sabría decirle, señora; lo considero como un buen cliente y para mí eso me basta; sus costumbres morales no las conozco ni me interesan.

No pudiendo soportar más, la joven pretendió ver modo de alejar a la mujer que le inspiraba temor y le dijo intencionadamente.

—¿Está todavía cansada, buena mujer?

—Sí, señorita, mis pies no me hacen sufrir ya, pero aún siento la fatiga de mis años sobre mi cuerpo. Permaneceré descansando otro poco, si usted lo permite.

Su voz era fría y antipática, pero cambió al hacer esta pregunta:

—¿Pasan muy seguido los policías por aquí?

—Sí, a veces se ven unos detrás de otros, contestó la joven para atemorizar a la anciana. ¿Le interesa mucho la actuación de la policía?

—Sí y no; algunas veces nuestros caminos se cruzan, pero sin tener por qué temer el uno del otro. Nos guardamos siempre el respeto que merecemos, contestó la anciana con una voz un tanto burlesca.

Un penoso silencio le siguió a estas palabras y no se rompió hasta que la joven, siguiendo su política de alejar a la desconocida, le preguntó:

—¿Desea usted algo más?

—Sí, señorita, dijo la interpelada, después de unos momentos de vacilación, mirando a todos los rincones del almacén; quiero comprarle alguna cosa. ¿Quiere darme un frasco de miel?

La joven presintió que era juguete de la anciana y de malas ganas se dispuso a sacar el frasco pedido. Al ver ésta el apuro en que estaba la joven se acercó a la estantería, y sacó con sus propias manos el frasco de miel. Kay quedó mirando llena de inquietud. La mujer que ella considerara chiquitita y encorvada por los años, había alcanzado con la misma facilidad de Ramage los frascos. Por primera vez le entró la sospecha de que aquella no fuera mujer, sino hombre. Se fijó con mayor atención y poco a poco se fue convenciendo de que así era. El timbre profundo de su voz, sus grandes manos, y por último, este detalle era nuevo, sobre su labio superior veía una sombra que debían ser los bigotes, aunque muy bien afeitados.

Un escalofrío de terror corrió a lo largo de su espalda. Sus preguntas le parecieron ahora sospechosas como también el empeño que demostró para que Ramage se fuera. Ante su ya aterrizada imaginación se le presentó el recuerdo del crimen del correo y trató de tranquilizarse pensando en otras cosas. En realidad, había muchas mujeres que tenían apariencias de hombres. A hurtadillas echó su mirada a la sospechosa mujer.

—Si Ramage volviera, pensó para sí, estaría ahora más tranquila. Pero quizás su llegada sería tarde y mientras tanto la mujer no tenía intenciones de moverse. Para distraerse un poco

empezó a colocar en su sitio algunos paquetes de cigarrillos. —Mi madre estará aquí dentro de poco, y tal vez con su presencia aleje el peligro. También puede venir otro comprador y tendré que tratar de retenerlo aquí.

—Parece que ustedes hacen buen negocio con este almacén, oyó la voz de la mujer.

—Así, así, lo suficiente para subsistir. No había duda que la desconocida tenía un propósito premeditado y debido a este pensamiento se aprontó a mirar de frente al peligro.

—¿Por qué toma usted tanto interés por mí, señora?

—Se parece usted mucho a una niña que conocí.

—¿Quién era?

—Mi hermana menor. ¡Pobrecita!—su voz denotaba cierta pesadumbre—¡fué asesinada!

Un nuevo silencio. Kay vió llegado el momento del ataque y dispuesta a todo, dijo:

—¡Asesinada! ¿Y cómo sucedió aquello?

—Fué en un negocio como éste; ella lo atendía sola, como usted atiende aquí. Llegó un cliente desconocido que no podía despertar sus sospechas. ¡Era un hombre disfrazado de mujer!

Kay miró fijamente a la anciana y de nuevo se sintió juguete de ella. Su mente trabajaba con afán. Sus músculos estaban listos para obedecer a su voluntad. Debía permanecer tranquila. No era posible que no viniera alguien a salvarla. Quiso hablar, pero su voz no salió clara, sino temblorosa.

—¿Estaba sola su hermana aquella noche?



—No había vecinos cerca, pero en el momento del crimen, nadie se dio cuenta de nada.

La joven se dio cuenta con desesperación que empezaba a perder la calma y para recuperarla dijo, resueltamente:—Aquí es diferente, pues los compradores llegan a cada momento.

—Hace doce minutos que no ha venido nadie, le respondió mirando el reloj, y basta sólo un segundo para dar y recibir la muerte.

Era una gran verdad lo que encerraban aquellas palabras. En efecto, nadie vendría ya y nadie oíría sus gritos. Su fuga era imposible, pues la vieja se había colocado precisamente en el camino sin dejarle paso a ninguna parte. Tampoco era posible huir, había que reconocerlo, ¿cuántos metros podría correr sin que le diera alcance aquel hombre? Sí, porque estaba convencida que era un hombre.

Sus ojos miraron hacia la calle, donde vio pasar muchas personas, pero ninguna se dirigía al emporio donde una pobre e indefensa muchacha desde el fondo de su corazón clamaba por auxilio. No, no era posible que ella fuera asesinada allí, a un paso de todos aquellos transeúntes.

EL ASESINO MISTERIOSO

Era seguro que alguien vendría a salvarla. ¿Quién? No podía precisarlo, pero estaba segura de que alguien llegaría. Tal vez Ramage y quizás su amigo de la infancia, Billy. Kay es-

peraba que alguno de ellos fuera su campeón y en su interior oró pidiendo al cielo mandara alguien en su socorro.

Su mirada se fijaba con insistencia en la calle y de repente tuvo que hacer esfuerzos para no dejar escapar un grito. A lo lejos, una figura atlética se dibujaba en la penumbra; no se distinguía bien, pero el corazón afligido de la atribulada joven adivinó a Ramage.

Ahora necesitaba demorar el desenlace para dar tiempo a su salvador a defenderla. La mente de la joven empezó a trabajar para ver modo de alejar por un momento siquiera a su presunto atacante sin que éste se diera cuenta del auxilio que le llegaba. Sí, era preciso que ella le explicara a Ramage sin la presencia de aquél, sus sospechas. Para Kay era indudable que el asesino venía por el dinero que había en el almacén. Debía aquél estar en conocimiento que su madre hacía el depósito de la semana el día lunes y que aquel sábado tenían una suma nada despreciable. Era cierto que aquella suma no estaba guardada en la registradora, en la que había sólo algunos pocos pesos, pero ella sabía el escondrijo donde su madre tenía escondidos los billetes

que representaban la venta de toda una semana. Su vida era la llave con que el bandido abriría dicho escondrijo.

Sin dudar más, con toda tranquilidad, llamando a su auxilio los dones de artista que en el colegio le valieron tantos aplausos, tomó una actitud desmayada y sus ojos buscaron los del bandido.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Me siento mal. Por favor, trágame agua. En aquella pieza; y la joven mostró la pieza en que quería encerrarlo.

La anciana pareció titubear. Miró con gesto sospechoso hacia la calle y después a la joven que permanecía aún en la misma posición.

—¿Tiene usted teléfono?, fué la pregunta que oyó Kay.

—No. Después que la palabra había salido de sus labios se arrepintió de haberla pronunciado.

Por la espalda de Kay corrió un escalofrío de terror. La monja que consideraba encorvada y chiquitita, alcanzaba los frascos de miel. No le cupo duda de que se trataba de un hombre disfrazado.



Un minuto que le pareció un siglo, pasó. Temió que la llegada del socorro sería tarde. Ramage debía todavía venir por la eskuina y era necesario que el bandido no se diera cuenta de su cercanía. Una vez más debía emplear sus aptitudes de comediante.

—Le ruego, querida hermana... agua...—dijo con voz desfallecida. Ahí por esa puerta... está la cocina...

A través de sus ojos semi cerrados, Kay, con el corazón palpitante de gozo, vió al bandido dirigirse a cumplir su pedido. ¡Había caído en la trampa!

Cuando el bandido desapareció detrás de la puerta, la valiente Kay dió un salto y la cerró con una vuelta de la llave. Ahora tendría el tiempo suficiente para poner en antecedentes a Ramage. Era cierto que el bandido no tardaría en darse cuenta de su encierro y saldría por la puerta del fondo, pero llegaría cuando ella tuviera a su lado un hombre que la defendería. ¡Ah!, no había estado mal en su comedia.

Su astucia había sido mayor que la del misterioso asesino, culpable de tantos crímenes. Ya no tenía dudas de que la vieja disfrazada de hombre era el que había dado muerte a la joven del correo y otras tantas desgraciadas. Estaba claro que con su disfraz las había engañado a todas ellas dándoles muerte en la forma misteriosa que se conocía.

Pero ella, la joven Kay, no había caído en la trampa; sino, por el contrario, ella había engañado al feroz asesino. Estaba admirada de su sangre fría y valor.

EL DESENGAÑO DE LA HERMOSA KAY

En la muralla, los ojos de Kay vieron dibujarse una sombra negra y fatídica que en su mano levantada llevaba una especie de arma alargada.

Se volvió con rapidez y ante sus ojos espantados se presentó la figura atlética de Ramage, pero la sumisión y amorosa mirada de su pretendiente se habían trocado en una expresión feroz. Su voz era dura y fría al decir:

—¿Dónde está guardada?

—¿Dónde está, qué?...—apenas pudo suspirar Kay.

—El dinero, idiota, el dinero—. Su mano se levantó amenazante.

La infeliz joven se vió perdida. Ella misma, con su tontería había encerrado al que debía salvarla, porque ahora veía con claridad. La anciana estaba allí para defenderla, y ella ¡había ayudado a su victimario! ¿Cómo salvarse? Su cabeza se iba, sus nervios no pudieron resistir y a sus ojos la luz fué desvaneciéndose. Sintió que la vida se le escapaba...

EL SALVADOR EXPLICA A LA JOVEN LO MISTERIOSO

Cuando Kay volvió en sí, vió a su lado a la an-

ciata, que con gran cuidado le ayudaba a salir de su desmayo. Su voz le pareció ahora, una canción celestial.

—Pobre niña, decía la anciana, debes haber pasado un susto tremendo. No era para menos. Pero yo estaba en guardia y el bandido no alcanzó a tocar uno solo de tus cabellos.

—Oh, mi buena señora, perdóneme mis infundadas sospechas, pero estaba sumamente asustada y mis nervios no resistieron más. ¡Cuán tonta debo haberle parecido!

—No, señorita, por el contrario, ha estado usted admirable de valor.—Y echándose atrás el manto que cubría su cabeza, mostró una cabeza de hombre de gesto enérgico, que dijo.—Henry Smith, del Scotland Yard, a sus órdenes. Desde hace muchos meses este tipo de ladrón y bandido ha venido haciendo víctima de sus crímenes a muchachas o mujeres que, debido a sus ocupaciones tienen a su cargo dinero y que trabajan solas. El pillo sabe perfectamente lo que vale su apostura de Don Juan y se vale de ella para engatusar a su futura víctima. Nadie podría tener sospechas de un joven elegante y atractivo como él.

En Londres tiene pendiente muchas cuentas con la justicia y desde allí le vengo siguiendo los pasos. Su modo de trabajar es tan cuidadoso que no deja rastro, pero lo ha perdido la forma, siempre la misma, que le da a cada crimen.

Cuando llegué aquí me vi algo desorientado, pero no desmayé y me puse en caso de ser yo el criminal. Busqué entonces la víctima que debía elegir y me fijé en la circunstancia de su negocio tan apropiado para un golpe de esa naturaleza.

Y por suerte fué el elegido también por él, lo que me ha proporcionado el placer de capturarlo. En estos momentos debe estar ya bajo la custodia de mi ayudante que entró hace poco para comprar miel; ¿la recuerda usted?

Esa señora que viene ahí debe ser su señora madre; la puedo entonces, dejar sin peligro. Señorita, a los pies de usted, si alguna vez me necesita, no tiene más que enviarme unas letras, es usted muy valiente. Pero antes de irme debo darle un consejo: NO SE DEJE IMPRESIONAR POR LAS APARIENCIAS, NO DE SU CONFIANZA SINO A LAS PERSONAS A QUIENES CONOZCA BIEN. Adiós.

Kay Dew, vió desaparecer a su salvador y cuando su madre llegó la encontró llorando en tal forma que durante un largo rato no pudo saber lo que había sucedido. Los nervios de la joven no soportaron más y las lágrimas eran la demostración evidente de su primer desengaño de amor...

C. V. M.

DE UN EXTREMO A OTRO DEL PAIS



UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

RECIBIMOS IMPORTANTES PEDIDOS
DE NUESTROS CLIENTES

ESTA GRAN AFLUENCIA DE ORDENES
REVELA LA CALIDAD DE NUESTROS
TRABAJOS.

SANTIAGO VALPARAISO CONCEPCION



CUPIDO Y LA SALSA TARTARA

—¿VERDADERAMENTE, tía, será tan hermosa y buena como usted lo cree?

—Una perla, mi querido Luis. Tú sabes que no me gusta exagerar ni mentir. Más ahora que se trata de tu felicidad.

—Sin embargo, no estoy muy apurado por contraer matrimonio...

—Hay que aprovechar la ocasión, sobrino mío, y esta es espléndida; además es preciso decidirse pronto, pues la joven cuenta con un buen número de pretendientes. Uno de ellos es tu amigo el ingeniero Lafont.

—Vaya, así es que la muchacha es del agrado de Lafont... Lafont tiene muy buen gusto.

—Entonces ya verás... Esta joven es el ideal soñado. No sólo hermosa, con un perfil griego en toda su pureza, sino también instruida: se ha recibido de bachiller. ¡Imaginate, como te ayudaría en tus tareas de profesor! ¡Y con eso cien mil pesos de dote!

—Vamos, ¿sabes, tiíta, que me estoy decidiendo?... ¿Qué es preciso hacer para cautivar a esa encantadora joven?

—Ponerte tu sombrero y venirte conmigo. Te acompañaré a los alrededores, donde vive Magdalena, la que puede ser tu futura, con sus padres y su hermana Eugenia.

—¿Entonces voy a tener una cuñada?

—Sí; Eugenia tiene dos años menos que Magdalena; es una chiquilla insignificante.

—¡Perfectamente, estoy dispuesto a seguirla, tiíta!

Una vez en el auto que debía conducirlo a la villa de su casi prometida, Luis Morang se entretuvo en escuchar a su tía:

—Tú comprenderás que esta es una verdadera suerte para ti que estás seguramente destinado a un flamante porvenir... Altos cargos te serán probablemente confiados; para ello es preciso tu saber, pero debes tener en cuenta que las relaciones ayudan mucho... Tendrás que tener un salón y siendo Magdalena tu mujer, sabrá recibir a las visitas y cautivar a los viejos sabios con su erudición. Hasta puedes llegar a ser nombrado diputado...

Y a la buena tía, entusiasmada con sus proyectos, hablaba y hablaba... Mientras Luis seguía el hilo de sus pensamientos al musical ruido de la conversación de su tía.

Próximo al matrimonio, en el momento de recoger la nueva vida que su tía preparaba para él, pensaba en su juventud... Recordaba su vida de colegial, de estudiante. Veía entre sueños su pieza del barrio latino y sus paseos de los domingos, por las orillas del río y los alrededores de la ciudad... Y sobre todo recordaba sus comidas de los miércoles y de los sábados en una pequeña hospedería de campo, donde preparaban exquisitamente las anguilas con salsa tártara. Se juntaba ahí con varios estudiantes que adoraban ese guiso y pasaban alegre velada... ¡Toda la juventud de la Universidad, conocía esa hospedería y más de un académico debía recordar con delicia el aroma y sabor exquisito de la anguila con salsa tártara!... Pensó con tristeza en que la edad alejaba ya de él, esas expansiones juveniles. Otra generación vendría a gozar de esos inocentes placeres. Luis tenía ya treinta años y pensaba formar su hogar. Acaso, como lo decía su tía, avanzase hacia un afortunado porvenir en el cual sería preciso olvidar el agradable sabor de la anguila con salsa tártara, frente a un aristocrático e insipi-

COLD-CREAM

LE SANCY

USAN LAS GRANDES ESTRELLAS



Crema de noche: \$ 2.—

BELLEZA



Hay mujeres que creen que solamente a los diecisiete años es cuando pueden exhibir un cutis perfecto. Están equivocadas. Mucho tiempo después de los cuarenta toda dama puede ostentar, si lo quiere, un cutis tan hermoso como el de una joven de veinte años. Lo que ocurre es que, a medida que pasan los años la envejecida cutícula exterior va adhiriéndose siempre más a la piel; de allí que haya que hacerla caer. Esto se logra fácilmente aplicando al cutis, todas las noches, cera mercolizada. Esta substancia se encuentra en toda farmacia. No hay que olvidar que toda mujer posea debajo de su viejo cutis uno nuevo y hermoso que está a la espera de ser traído a la superficie, y en esto consiste el secreto del por qué nunca envejecen las actrices y "estrellas" del cine. ¿Por qué no hace usted también la prueba?

LOS PELIGROS DEL ROUGE

El carmin o rouge, a más de dar al rostro un antipático aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrillos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquier farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

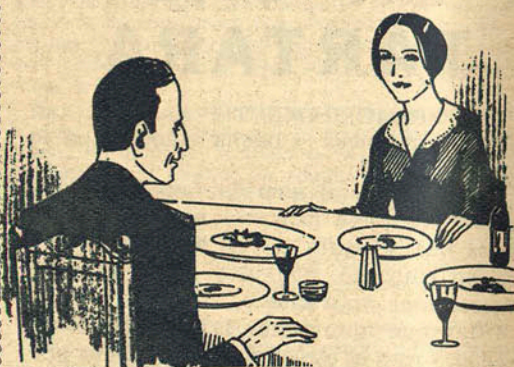
CUPIDO Y LA SALSA TARTARA

do guiso servido en fuente de plata, en algún banquete diplomático...

—Los esperábamos, queridos amigos.

Y las presentaciones fueron hechas. Luis encontró a la señorita Magdalena tan hermosa como se la había pintado su tía. La conversación pasó por miles de caminos y la joven, sea cual fuese el argumento, supo mostrar su ilustración.

"Esta joven es perfecta", pensó para sí Luis y entonces concretóse por un minuto en observar a la hermana menor. No era fea, pero era la antítesis de Magdalena. Eugenia era pequeña y casi insignificante,



durante las brillantes conversaciones guardaba silencio, dejando asomar a sus labios una dulce sonrisa. "No es desagradable", pensó esta vez Luis.

Pero las siete acaban de sonar y Luis, aunque entretenido por la conversación, comenzó a sentir mucho apetito... En ese momento la dueña de casa, que había salido para dar sus órdenes, volvió al salón disgustada, refiriendo a sus invitados el motivo de su disgusto.

La cocinera se había enfermado súbitamente... La comida no estaba lista y era preciso esperar.

—¡Oh, no se moleste usted, por tan poco, señora! — dijo galantemente Luis, — tratando de disimular un bostezo.

—Si comemos menos, conversaremos más, — dijo Magdalena. Y esto nos dará la oportunidad, ya que la comida no está lista, para lograr resumir cual de nosotros es el que tiene la razón, sobre el movimiento socialista producido en Argentina...

—¿Política?... — interrumpió Eugenia. No es hora de hablar de eso... Lo que es yo, voy a tratar de hacer algo más útil...

Eugenia tenía hambre, hambre... Y comprendía los significativos, aunque dis-

**Si será...
Si no
será...**



CUANDO se trate de un caballo, o de un billete de la lotería, o de un número de la ruleta, confíese Vd. al azar porque no hay más remedio, pero, ¡por amor de Dios!, cuando se trate de su salud y de la salud de los suyos, aténgase a lo seguro y no se arriesgue tontamente en aventuras que pueden costarle muy caro...

Lo que hace que
Cafiaspirina

sea hoy la preferida del público sensato es que con ella no se corre riesgo de ninguna clase porque es, ante todo y sobre todo, el

Producto de Confianza



No sólo es **SEGURA** por lo que se refiere a su admirable efecto de dar alivio inmediato y levantar las fuerzas, sino **porque jamás afecta el corazón, los riñones ni el estómago.**

mulados bostezos del joven invitado. Efectivamente, Luis sentía un enorme vacío en el estómago y era el caso de decir "que estaba hablando de hambre".

Repentinamente la puerta se abre y por ella se asoma Eugenia:

—¡La señora, está servida!

—Sí, señores, he confeccionado todo el menú... Y estará exquisito, pueden ustedes creerlo: ¡he probado todos los guisos!

Después del consomme, que todos encontraron exquisitos, Eugenia se levantó de la mesa y volvió a los pocos segundos trayendo con toda clase de precauciones un gran azafate.

CUPIDO Y LA SALSA TARTARA

ble Luis.

—¡Anguila con salsa tártara!

Luis la miró con ojos admirados y agradecidos.

La anguila estaba exquisita, y la salsa más todavía... Luis se repitió. Y mientras saboreaba el delicioso guiso, contemplaba el insignificante rostro que ahora le parecía adorable...

—¡Es delicioso! — exclamó repentinamente en un arrebato de entusiasmo.

—¿Verdad que sí, señor? — dijo inocentemente la joven que no sospechaba a quién se dirigía el cumplido.



DOLORES DE CABEZA

Desaparecidos Instantáneamente!

Ahora hay un remedio milagroso—Fenalgina—para aliviar inmediatamente el más fuerte dolor de cabeza que quita toda la alegría del vivir, no le deja trabajar, comer ni dormir. Fenalgina alivia ese mal-estar inmediatamente. Tómese una tableta al primer síntoma de un dolor de cabeza y nunca estará sin ellas. Inofensiva, hasta para los niños. No oprime el corazón.

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniata.

Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Único Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

—¿Qué tal, sobrino, cómo la has encontrado?

—Extraordinaria, tía...

—¿Verdad, que sí?...

—¡Un sabor, una fineza asombrosa, maravillosa!

—¿Ah? ¿Pero, a qué te refieres?

—A la salsa tártara.

—Vamos, hombre, déjate de bromas...

—¿Te ha agradado?

—Infinitamente.

—¿Entonces te casas?

—¡De todo corazón!

—¡Oh, qué feliz soy!... Esta querida Magdalena, bien sabía yo...

—No, Magdalena, no...

—¿Cómo?... ¿Qué dices?

—Digo que Magdalena no... ¡Prefiero a Eugenia!

—¿Esa pequeña muchacha insignificante?

—Para usted tal vez, tía, pero para mí... ¡Es preciosa, agradable, la mujer más ideal!

—¡Pero estás loco!

CUPIDO Y LA SALSA TARTARA

¿Quiere decir que dejarás que tu amigo Lafont, te arrebatte esa joya que es Magdalena?

—Se la cedo galantemente... Prefiero la menor...

—¡Dejarás que pase a tu lado, sin siquiera tratar de retenerlo, el brillante porvenir que habrías conquistado, teniendo por mujer a la mayor!

—Que pase... que pase... Me contento con ser el feliz marido de la menor! De todos modos, querida tía, le agradezco infinitamente el haberme brindado la ocasión de conocer a mi futura esposa, sé que seré el más feliz de los hombres!

—Pero, hombre, estás...

—¡Tita, no diga usted una palabra más, déjeme más bien abrazarla!

A FORISMOS

En las manos sucias hay gérmenes de la tuberculosis. No deje que sus hijos las lleven a la boca.

— ★ —

La carne es un alimento necesario, pero su exceso es nocivo.

— ★ —

Los alimentos vegetales son indispensables. Tómelos en abundancia.

— ★ —

Según afirma un sabio francés, en cada beso hay 40.000 microbios.

— ★ —

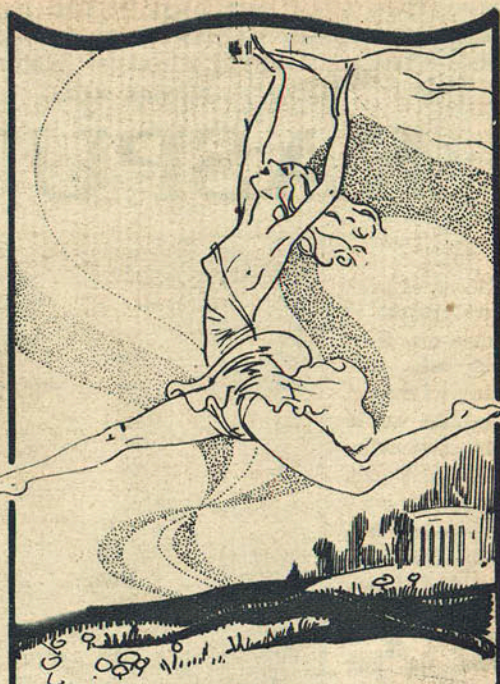
Cerca del 98 por 100 de los habitantes de China son analfabetos.

— ★ —

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

HAY QUE EVITAR LAS MOLESTIAS DIGESTIVAS DESPUES DE LAS COMIDAS

Si se experimenta una sensación de malestar después de las comidas, con frecuentes molestias y consiguientes ardores, así como acedias, pesadeces o flatulencias, podrán evitarse fácilmente combatiendo la hiperclorhidria, ya que tales disturbios digestivos son con frecuencia ocasionados por exceso de acidez, que al mismo tiempo que origina fermentaciones secundarias en los alimentos, impide la normal función digestiva. Para evitar las consecuencias fatales de la hiperacidez es preciso recurrir al uso de una sal alcalina, tal como la Magnesia Bisurada. Este antiácido poderoso corrige en poco tiempo la acidez estomacal, combate los ardores, acedices, flatulencias y otras terribles molestias, devolviendo al estómago la normalidad de sus funciones digestivas. La Magnesia Bisurada, (M. R.), que es un preparado inofensivo y fácil de tomar se vende en todas las Farmacias. Base: Magnesia y Bismuto.



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

TABLETAS PARA ADELGAZAR

“KISSINGA”

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante. Estas tabletas no contienen substancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las

PILDORAS LAXANTES “KISSINGA”

que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Agentes exclusivos para Chile:
DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhel, Extr. cáscara sagrada, Corteza frangul, Sapo medio
Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhel, Extr. cáscara sagrada. Magnes. ust. Natr. cholein.

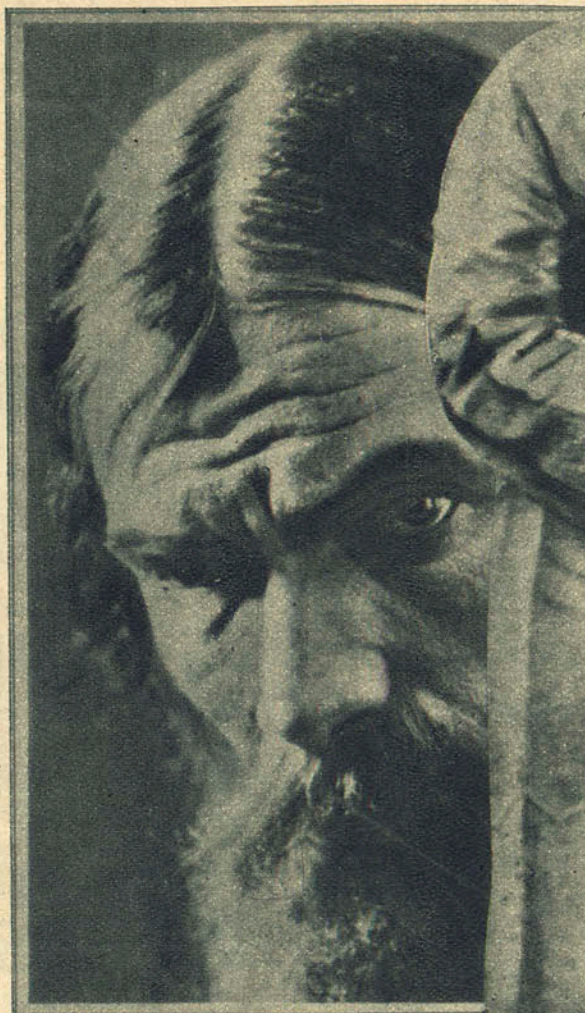
IMPOSIBLE SERA QUE DEJE USTED DE BUSCAR EN NUESTROS PROXIMOS NUMEROS EL COMIENZO DE LAS MAS SENSACIONALES REVELACIONES ACERCA DEL SINIESTRO MONJE RUSO

RASPUTIN

Este es el perverso mujik, el hombre que desde el más humilde rincón moscovita subió hasta las esferas de la Corte, amparado por las grandes duquesas Anastasia y Militzá. Logró persuadir al Zar y a la Zarina de que curaría por completo de su terrible mal al heredero del trono. Desde entonces, todas las puertas estuvieron abiertas para él y no hubo crimen que no cometiera, cruel y espantosamente.

En esta página aparece también la hija del Monje, que ahora trata de hacer menos execrable la figura del diabólico Rasputín.

Estas revelaciones las escribe un antiguo policía de la Okhrana y constituyen una lectura más amena e impresionante que la de una de esas novelas de aventuras que no se olvidan jamás.



CZ-211

Por

Una Espía de Guerra

CAPITULO XXI

LOS ULTIMOS INSTANTES DE
LIBERTAD DE LA BAILARINA
QUE JUGO CON LOS
HOMBRES

Usted se ha hecho merecedora de la Cruz de Guerra.—La policía entra en acción.— La víbora inglesa

Bastó el nombre de la danzarina para que mi jefe se sintiera al punto dominado por el mayor regocijo. No había un instante que perder. Le dije, pues, con prisa muy comprensible:

—Venga al momento a juntarse con nosotros. Mata Hari ha mordido el anzuelo. Ya es nuestra.

Veinte minutos después, un auto dejaba al jefe francés a la puerta. Subió la escalera de cuatro en cuatro.

Le tendí el mensaje. Lo leyó, lo releó a lo menos 10 veces. Por fin levantó la cabeza:

—CZ-211— dijo ante el asombrado director, que todavía no acababa de comprender lo que acaecía— le aseguro que usted se ha hecho acreedora a la Cruz de Guerra.

Se sentó en seguida ante el teléfono y pidió diversas comunicaciones. Dió varias órdenes



H-21 fué llevada a una celda, en San Lázaro.



LEA AQUI EL RESUMEN DE LO QUE SE HA PUBLICADO:

Una inglesa, CZ-211, ha servido a Francia e Inglaterra, como espía, con muchísimo éxito. Sin embargo, es desenmascarada en Berlín y sólo salva su vida gracias a la influencia de un alto personaje. Se le exige entonces que se ponga al servicio de Alemania. Para prevenir cualquiera traición suya, se le hace firmar unos documentos comprometedores. CZ-211 finge someterse y desempeña un doble papel, de acuerdo con sus jefes británicos. Estrechamente vigilada en Berlín por Von Nicolai, es sometida a diversas pruebas, que consigue realizar en buena forma, gracias a su presencia de ánimo. Un oficial húngaro, encargado de tenderle una celada, es seducido por el encanto de la espía y la pone en guardia contra los peligros que la amenazan. Llamada nuevamente a Berlín por Von Nicolai, éste le confía la misión de comunicarse con la célebre Mata Hari. CZ-211 y la hace caer en la trampa, después de prolijo trabajo.

breves, precisas, implacables. Había llegado el minuto de la justicia.

Después, el coronel, el agente G-161 y yo, descendimos a prisas. G-161 se puso ante el volante del propio auto de Mata Hari, y de nuevo nos condujo a casa de la bailarina.

Ya la policía se encontraba allí. Había hallado a Mata Hari en el mismo estao en que la habíamos dejado, es decir, con su traje de danzarina, o sea casi desnuda...

Terminaba de vestirse cuando entramos en el cuarto. Sin que alcanzara a decirme una sola palabra, fué llevada al Servicio Secreto, bajo la vigilancia del señor Priole, que había hecho el arresto.

Fué allá, donde por fin pudo desahogarse respecto a mí, lanzándome los más groseros epítetos. Y para todas las preguntas que se le hicieron no tuvo sino esta respuesta:

—Esta víbora inglesa ha tramado un complot en mi contra. Pero sabré defenderme.

El público nada supo, en un principio, de todo lo ocurrido. Se había colocado un cartel ante el teatro para declarar que por razones de moral pública— las danzas sin velo de Mata Hari habían sido prohibidas.

Los diarios estaban al corriente de todo, pero callaban por orden de las autoridades. Mata Hari había sido encerrada en una celda de San Lázaro.

CAPITULO XXII

ERA NECESARIO PROCURAR QUE NO SE LA TOMARA POR UNA HEROINA

El proceso.— Las cargos.— La defensa.— El

CZ—211

interés de la bailarina por los aviadores

Comenzó el proceso. Todos los que se encontraban en París en esa época se acuerdan de la

emoción y luego de la indignación enorme que despertaron las revelaciones hechas de manera que pudieran causar la impresión necesaria a los que no tenían la conciencia completamente tranquila.

Mata Hari se defendió con una valentía y una inteligencia extrañas. No creía, no podía creer que se le fusilaría. Poseía amigos poderosos, estaba al corriente de muchas intrigas y contaba con todo esto, para que la sentencia no fuera tan dura. ¡Cómo se equivocaba!...

Compareció ante el Tercer Consejo de Guerra de París, el 24 y el 25 de julio de 1917, después de una minuciosa instrucción de cinco meses.

Fué condenada a muerte, el 25 de julio de 1917, después de una terrible requisitoria del teniente Mornet. Apeló. Pero el 2 de septiembre el veredicto fué confirmado, a pesar del ardor puesto en la defensa, por Eduardo Clunet, un abogado de edad ya respetable que se había enamorado de la bailarina y defendió llorando la causa de la infeliz.

Yo asistí a todos los debates, naturalmente. ¿No era yo uno de los principales testigos?... ¡Y qué espantosas revelaciones durante las sesiones inolvidables!... Sobrepasaban cuanto podía crear la imaginación más fértil.

Esta mujer todavía joven, de una belleza sensual, un poco ordinaria, elegante y misteriosa, era una de las espías más peligrosas y crueles que existían. Lo primero que se procuró

**CONSERVE SU CABELLO
MANTENIENDOLO
SIEMPRE LIMPIO**

USE



**RECHACE LAS
IMITACIONES.**

**MANZANILLA
CHAMPU
MANZANOL**



dejar plenamente establecido fué la culpabilidad de Mata Hari. Una mujer neutral que traicionaba a Francia por dinero. No había, pues, excusa... Y esto se hizo para impedir que se la convirtiera en una heroína. ¡Son tan caballerescos los franceses!...

A medida que avanzaba el pro-

ceso, las revelaciones comenzaron a abundar. Su intimidad más que completa con algunos altos personajes franceses impresionó de modo indescriptible a las autoridades. Hubo escándalos, de los que habló toda la prensa en esos días. Por cierto que no escasearon las calumnias. Recordemos, por ejemplo, aquella que se refería a un ministro que jamás se aproximó siquiera a la ballarina.

Desde el punto de vista militar, Mata Hari había hecho diez veces más de lo necesario para merecer la pena de muerte. Ella había hecho fracasar la ofensiva francesa en la primavera de 1916, había revelado a Alemania, muchos importantes detalles acerca de la política interna de Francia, y había hecho torpedear a varios barcos que transportaban tropas a Marruecos. En esa época, el famoso servicio francés de transporte por avión de los espías en país enemigo había casi fracasado por entero. Y este fracaso era debido nada más que a Mata Hari.

Numerosos pilotos se habían especializado en transportar agentes secretos, que dejaban en Bélgica y Alsacia durante la noche, para irlos a buscar al mismo sitio a la noche siguiente, o 48 horas después, según las órdenes recibidas. Y en esta proeza murieron muchos de los arriesgados pilotos.

Mata Hari parecía prestar un interés particular a los aviadores franceses. Así lo confesó sin dificultades ante el presidente del tribunal, el coronel Somprou, de la Guardia Republicana:

—¿Acaso no tenía perfecto derecho de amar a la aviación?

—Es posible. Pero no tenía derecho a traicionarla. Y usted la ha traicionado de la manera más miserable.

Mata Hari trató, entonces, de salirse por la tangente:

—La verdad es que yo amaba a un aviador ruso, el coronel Marnoff, y para juntarme con él iba yo tan a menudo al frente.

—Miente usted. Seis tardes seguidas se la ha visto en Nancy, con comandantes franceses. Jamás se la visto con un ruso.

Después de corta pausa, el presidente prosiguió:

—Usted logró meterse en el personal de uno de los servicios de la Cruz Roja. Cuando reunió numerosos informes, todos los que quiso, se fué.

Mata Hari miraba fijamente a su acusador, sin miedo. Ya había pretextado que su viaje a Vittel habíase debido a su deseo de estar allí para cuidar a Marnoff, que estaba herido. Pero se había logrado comprobar que Marnoff, que combatía en el frente francés, no había sido herido jamás. Porque lo que atraía a Mata Hari a aquella estación termal no era otra cosa que el centro de aviación.

—¿Niega también— prosiguió el juez— que se comunicó usted con los aviones alemanes por medio de un lenguaje convenido que se traducía por el alineamiento de ciertas piezas de su ropa interior en el techo del Hospital de Vittel?

La policía ya estaba allí. La ballarina hubo de vestirse para partir con sus aprehensores. De nada le valieron las sú-
plicas.

Los dispépticos pueden comer lo que quieran.

CZ-211

Las dietas estrictas suelen ser innecesarias

Bien sabido es que algunos alimentos tienen la propiedad de causar excesiva acidez en el estómago y la consecuente indigestión. Eliminando de las comidas esos alimentos que la experiencia ha enseñado que hacen daño y limitándose a comer determinados alimentos insaboros e inapetecibles, es posible vencer lentamente los males de estómago. No obstante, en la inmensa mayoría de los casos, la indigestión y demás desarreglos estomacales se deben a la excesiva acidez y a la prematura fermentación de los alimentos en el estómago. Manténgase el estómago limpio y exento de excesiva acidez, y los dispépticos podrán comer los alimentos que más les gusten, con la prudencia natural, sin tener ningún desorden estomacal. Millares de personas logran ese bienestar con sólo tomar después de cada comida un poco de Magnesia Divina que puede obtenerse en cualquier botica en forma de pastillas. La Magnesia Divina neutraliza instantáneamente los ácidos en el estómago, detiene la fermentación de los alimentos y hace que la digestión se haga tan naturalmente como en el estómago de un niño saludable. Un estómago bien regulado es una bendición y un buen apetito pide manjares suculentos. Con la protección de la Magnesia Divina después de cada comida, es posible disfrutar de ambas cosas.

Oxido de magnesium, bicarbonato de soda, precipitado de calcio, sustrato de bismuto.

Pues bien, llegó el instante patético, aquí en el cual yo tuve un papel de cierta figuración. Me refiero al momento en que Mata Hari escribió el mensaje que ya conocemos, en el auto.

Señores jurados— exclamó el juez— estamos ante un documento irrefutable, prodigioso de precisión. Estamos ante un mensaje escrito con toda claridad por Mata Hari, la espía alemana conocida bajo la matrícula H-21. En este documento se detallan las piezas de artillería enviadas al frente, entre Solssons y Reims, Mata Hari dió un brinco y se inclinó hacia adelante.

—Mentira... Calumnia— gritó... Eso es falso. Han imitado mi letra. Yo niego que eso sea verdad. Lo niego formalmente...

—Por desgracia— exclamó el juez— hay dos testigos en su contra. Helos aquí.

Y el presidente del tribunal nos señaló al agente secreto y a mí. ¡Oh, nunca olvidaré la fiera mirada de Mata Hari!... La soporté con frialdad, alta la cabeza...

LEA EN NUESTRO PROXIMO NUMERO. LA HISTORIA DEL CHEQUE PAGADO A MATA HARI POR EL ENEMIGO, Y NO PIERDA LA

OBSERVACION QUE ELLA HIZO PARA EXPLICARLO

Adiós Vejez

Dirá usted si usa para teñir sus canas
la AFAMADA

Tintura Francois Instantanea

M. R.

la que en algunos minutos devolverá a su cabello o bigote el color natural de la juventud, sea en negro, castaño obscuro, castaño o castaño claro.

De precio económico, en venta en todas las Boticas.

Autorización Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.

COCOA PEPTONIZADA RAFF M.R.

LA UNICA PREMIADA EN TODAS
LAS EXPOSICIONES EN QUE HA
PARTICIPADO

Base: Cacao, Malta, Peptona, etc.
En forma de crema.

EL EMBOTELLADOR

(Por Chao)



IBÁÑEZ.—Con la publicación de la Hacienda Pública, este gallo me embotelló per sécula...

REFLEXIONES DE LA HORA ACTUAL

En esta hora de alegría y triunfo cívico, a través de las necesarias manifestaciones de júbilo que acogen el regreso del sentido exacto de la palabra libertad, es deber de todo chileno adoptar la actitud serena y noble de la confianza en los actuales hombres de Gobierno, para que de esta manera no tarde la normalidad en ser la base muy sólida de nuestra salvación.

Son voces tranquilas y bien inspiradas las únicas que pueden cooperar ampliamente en esta dura faena constructiva que nos aguarda a todos. Ante los difíciles problemas de orden económico y financiero que solicitan estudio detenido, y algunos de ellos rápidas soluciones, es imperioso acompañarse de un alto espíritu de fe en el resurgimiento de la patria y mostrarse decidido a ir por los caminos que nos sean señalados, sin miedo ninguno de los personales sacrificios, porque sólo así podremos alcanzar el bien unánime.

Esta cooperación de todo el país en los trascendentales momentos de la República, está destinada a hacer menos penosas las responsabilidades de los gobernantes que cuentan con nuestra confianza y acelerar el más grande de los triunfos la normalidad absoluta, el definitivo alejamiento del fantasma armado, la organización vigorosa de la conciencia cívica, tan largo y triste tiempo derribada.

Anima advertir que esta cooperación está gozosamente resuelta en el alma de cada uno de nosotros. Los nuevos nombres que hoy son en el país un profundo llamado a la honrada labor, a la esperanza, al libre y ancho futuro que prometían y preparaban nuestras más antiguas y nobles tradiciones, están acreciendo en nuestros espíritus su resonancia verdaderamente digna. En torno a estos nombres, que aclamamos en el regocijo del triunfo, y que hemos colocado al frente de nuestra marcha hacia la salvación de Chile, estamos ya agrupados confiadamente, movidos por el invencible propósito de no caer en la ruina pavorosa a que nos llevaban desleales conductores.

Grande y bella es la victoria obtenida; pero no es posible olvidar los dolorosos sacrificios que ha costado. Y estos sacrificios exigen que conservemos

el campo que otra vez nos pertenece. Viva y animosa debe erguirse nuestra fuerza moral. Recia debe ser nuestra adhesión a aquéllos que respetarán y serán guías de la libertad reconquistada. En sus manos ponemos nuestro porvenir y con ellos buscaremos, disciplinadamente, la salida de este obscuro abismo que amenazó cerrarse sobre nuestra encadenada desesperación.

Si hemos reparado en que nada puede la más odiosa tiranía contra el honrado sentimiento de un pueblo que, a pesar de verse desposeído de los medios materiales que apoyan y hacen temible la rebelión, no carece de empuje moral para derribar, valerosamente, los muros que ahogan, también debemos advertir que la libertad pide organización para perdurar como merece y para ser el impulso más firme de todo progreso.

Mantengamos presente que este patriótico movimiento partió de filas habitadas a sana y hermosa disciplina. La impetuosa generosidad de nuestros estudiantes, la decidida y consciente fuerza de nuestros intelectuales encendieron y avivaron la llama que hoy nos permite ver en la sombra en que estábamos caídos. La bella y libre ruta que ellos han abierto ante nuestros pasos no quiere bifurcarse. Es una, es clara, está en ella aguardándonos la esperanza que anhela ser realidad para ir en seguida con nosotros.

Ya las exaltadas y justas voces que pedían el castigo de los culpables de nuestra ruina han comenzado a cañar. No esperaban, por cierto, que tan cobardemente se convirtieran en prófugos los que hasta ayer declaraban que mantendrían su actitud, aunque la vida les costara el sostenerla. Pero, pasada la primera sensación de asombro, a nadie puede extrañar una huida tan vergonzosa. No es otro el gesto que se pone al alcance de quienes nunca poseyeron clara hombría.

Después de todo, es un alivio para el país saber que Ibáñez ha pisado tierra extranjera. Más que hora de sanciones y de sangre, ésta es hora de sacrificio y de trabajo.



S. E. el Vice Presidente de la República, señor Juan Esteban Montero, en la sala del Despacho Presidencial, posa para «SUCESOS».



El Presidente del Senado, señor don Pedro Opazo Letellier, en quien el General Ibáñez delegó el poder. El señor Opazo desempeñó sus funciones de Vice Presidente durante 24 horas, más o menos.



Seguidos de un numeroso público, los señores Montero y Balmaceda abandonan la Moneda en la tarde del domingo.



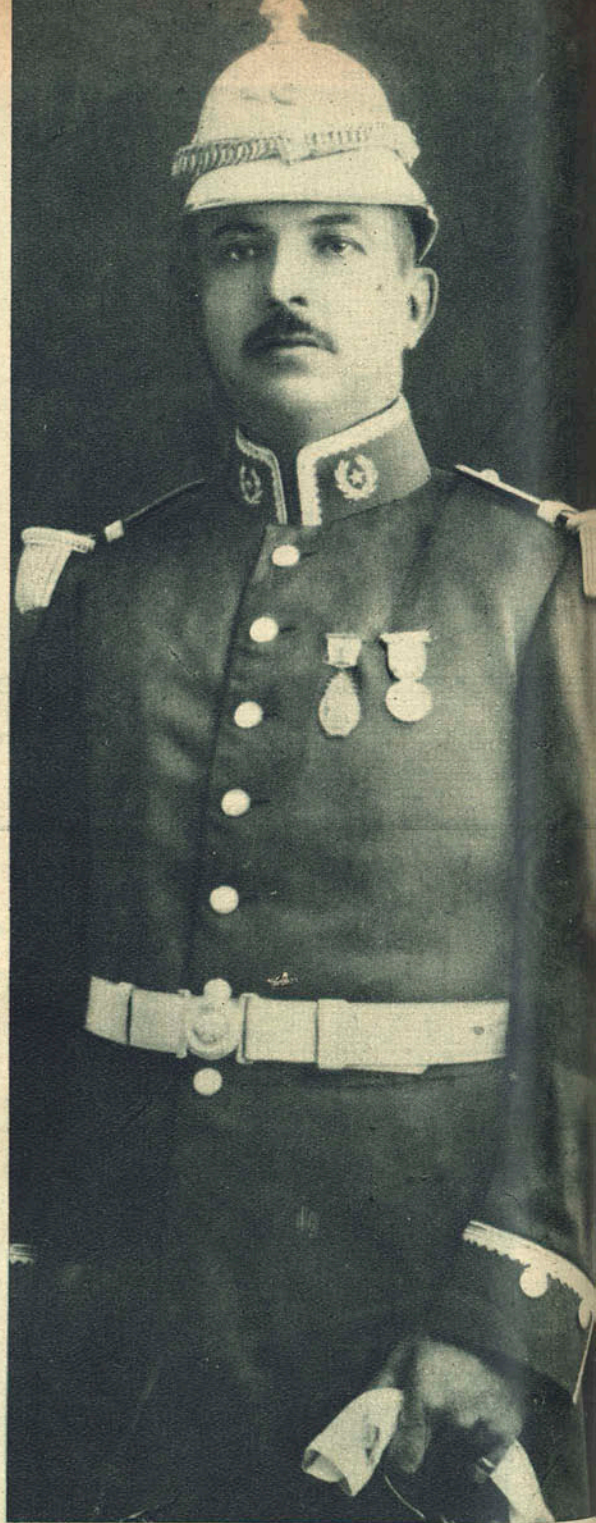
El ex Presidente de Chile señor Arturo Alessandri Palma, que desde Buenos Aires dirigió una enérgica carta al Presidente Ibáñez, en la que le pedía abandonara el Gobierno a fin de evitar la ruina completa del país.



Don Ladislao Errázuriz Lazcano, otro de los firmantes de la carta.



Don José Maza, ex Senador de la República, autor de la Ley de Restricción a la Libertad de Imprenta, que conjuntamente con Alessandri, Errázuriz, firmó la carta a Ibáñez. Estas personas arribarán mañana a la capital, en compañía de numerosos deportados.



El señor Julio Bustamante, designado Intendente de Santiago.



Señor Francisco Cereceda, Ministro de Fomento y Agricultura.



Don Pedro Blanquier, Ministro de Hacienda.



Dr. Sótero del Río, nuevo Ministro de Bienestar Social.

Don Carlos Balmaceda Saavedra, Ministro de Relaciones Exteriores.



Don Pedro León Loyola, designado Rector de la Universidad de Chile.

NUESTRA EDICION DE HOY

A fin de dar la importancia que merecen los sucesos políticos acaecidos estos últimos días, que marcan una página única en la historia de la República, "SUCESOS" ha suspendido por este número, todas las secciones con que semanalmente se presenta al público.

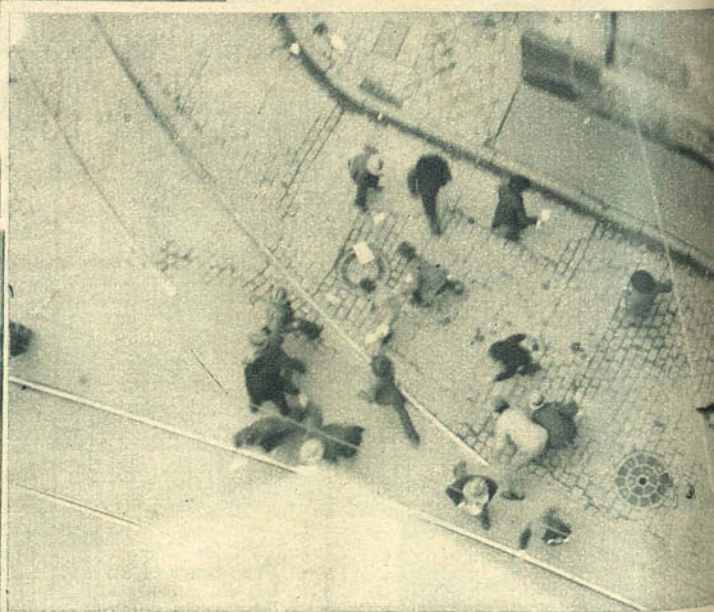
En la seguridad de que el público responderá ampliamente al enorme esfuerzo que nos ha costado confeccionar esta edición, ya que le ofrecemos la más completa información de los acontecimientos que culminaron con la caída de la Dictadura de Ibáñez, pedimos disculpas por no aparecer con nuestras habituales informaciones de box, policía, football, sociedades obreras, Concurso de Bellezas, etc., etc., las que serán reanudadas la próxima semana.



Aspecto que presentaba el cruce de la Alameda, frente a las calles San Diego y Bandera, en los primeros días de la revolución. El público atraviesa apresurado, temiendo de un momento a otro un ataque de los carabineros apostados en gran número en los alrededores.



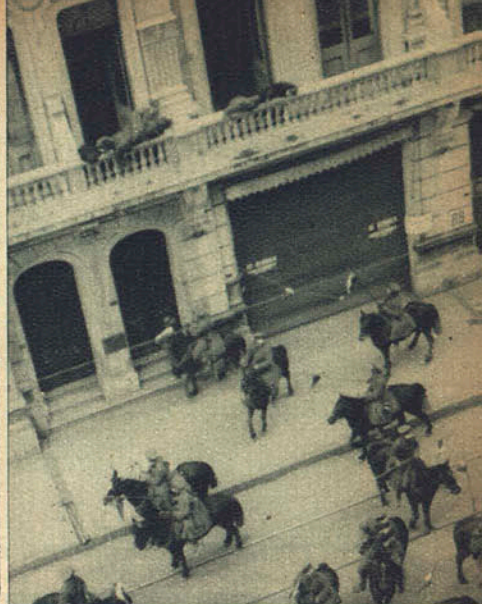
Patrulla de carabineros vuelve sobre sus pasos para atacar a un pequeño grupo de manifestantes que se había estacionado frente a la Universidad.



El público se abalanza sobre las proclamas que los estudiantes arrojan desde el edificio uni-



En forma inhumana los carabineros han obligado a replegar-se al público hacia el oriente. Nótese a los que se han refugiado tras las rejas del Ministerio de Educación.



Alguien desde los balcones ha arrojado una pedrada a los carabineros. Estos indagan y se aprestan para hacer fuego sobre las ventanas.



A galope tendido los carabineros acuden a dispersar un grupo que huye por Ahumada.



Un carabiniere da de lanzadas a un obrero que se ha parapetado en la esquina de Moneda y Ahumada.



Otro de los caídos frente a la Casa Universitaria. La gente se apresura a prestarle ayuda, pero desgraciadamente era tarde; las balas eran certeras.



Otra de las patrullas que «resguardaron el orden» en la Plaza de Armas.



Carabineros que patrullaban la Plaza de Armas el sábado en la tarde. Este escuadrón sostuvo un tiroteo en Ahumada, esquina Compañía, en el que resultaron cinco muertos y varios heridos.



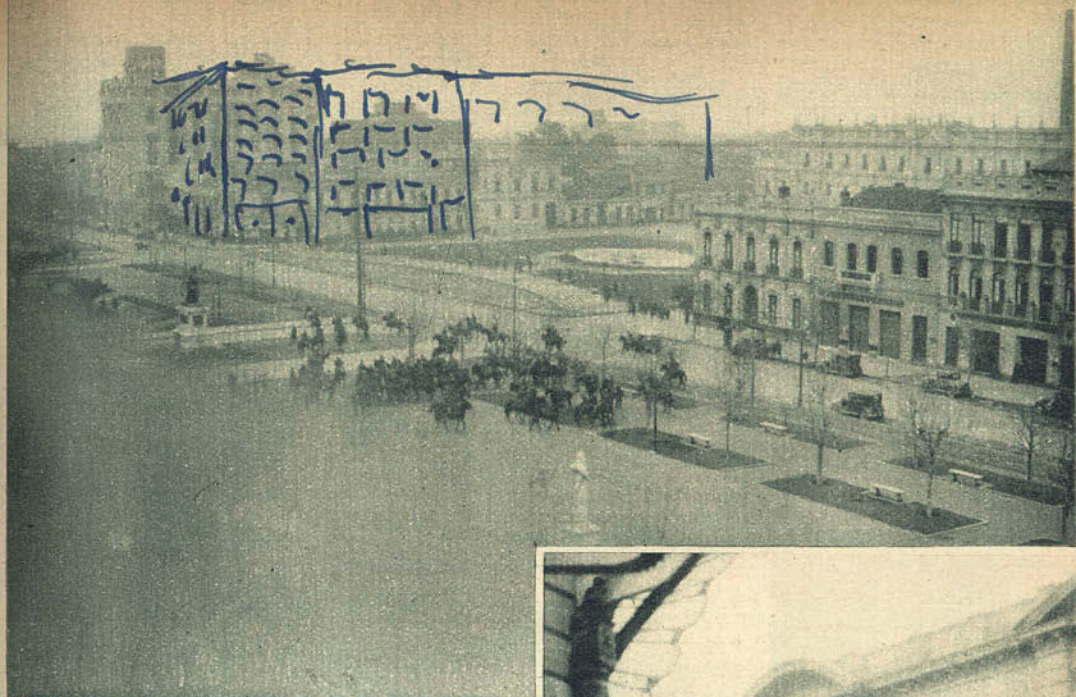
En Ahumada esquina Moneda, las balas destrozaron completamente el letrero luminoso anunciador del Gin Seager. Abajo puede verse a los carabineros cargando sus armas.



Ante los carabineros, el público cruza receloso la calzada.

Uno de los muchos grupos de carabineros en pie de guerra que recorrían la Alameda.





Aspecto que presentaba la Plaza 5 de Septiembre. (Hoy Plaza de la Libertad) en los días álgidos de la revolución. Numerosa fuerza del ejército y carabineros impedía acercarse al público a los alrededores.

En el grupo de paisanos ha caído un muerto. Sin embargo, los carabineros pasan indiferentes.



ABAJO: El Club de la Unión, fué catalogado como centro de disociadores por los carabineros. En todo momento fué cuidadosamente vigilado y hacia él convergió la mayoría de los aiaques de la fuerza armada.





Heriberto Ortiz, herido en una pierna, en la calle Agustinas, al llegar a Morandé.



Roberto Pizarro, que en la noche del viernes fué traspasado por una bala en la espalda.



Julio Henríquez, frente al Hotel Crillón, sintió su pierna destrozada por una de las innumerables descargas.



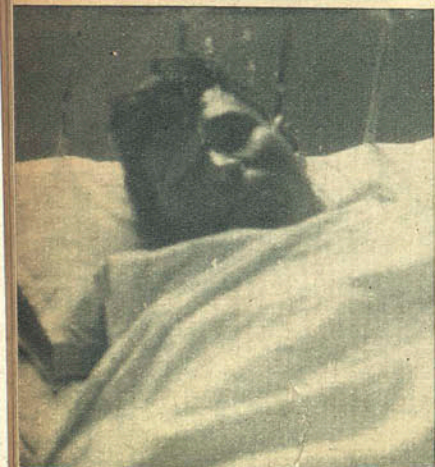
Don José Maripangui, herido en la Plaza Victoria de Valparaíso.



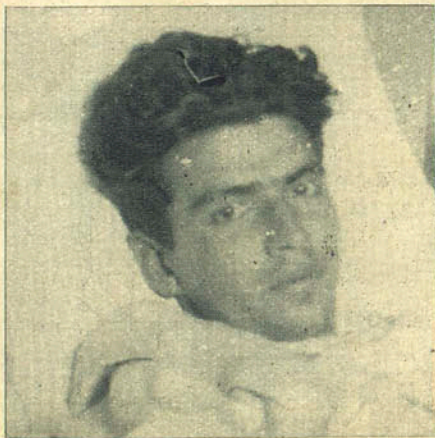
Señor don Carlos Céspedes, compañero de la Redacción de «SUCESOS», herido a bala el domingo a las 12.30 de la noche, en la calle San Diego esquina Copiapó, por una patrulla de carabineros de la 6.ª Comisaría. Testigos oculares del hecho, nos han manifestado que los carabineros dispararon en descarga cerrada sobre indefensos transeúntes.



Cabo de Carabineros don Juan Alvarez Soto, del Departamento de Orden y Seguridad y que fué muerto por sus compañeros, cuando vestido de civil presenciaba una de las manifestaciones.



Pedro González, herido a bala por los carabineros en Alameda esquina Matucana.



Antonio Velasco tiene su brazo lesionado por los balazos que recibió en la carga que dieron los carabineros en Alameda esquina de Agustinas.



Samuel Maureira caminaba tranquilamente por la calle Víctor Manuel, siendo alcanzado por los disparos que desatinadamente hacían los mantenedores del orden.



Don Alberto Zañartu Campino (señalado con la x), una de las víctimas de los atropellos de la fuerza armada, aparece aquí en una fiesta social acompañado de un grupo de sus relaciones.



El profesor del Liceo de Aplicación señor Alberto Zañartu Campino, muerto por los carabineros, durante los funerales del Dr. don Jaime Pinto Riesco, otro de los mártires de la revolución.



Don Ismael Goycolea, que fué acribillado por una patrulla de carabineros de la 10.ª Comisaría, en los momentos en que iba a guardar su automóvil y se negó a sacar una bandera chilena que llevaba en el coche.



El Dr. don Jaime Pinto Riesco, interno del Hospital Roberto del Río, asesinado en el Hospital San Vicente por los balazos de la fuerza armada.



Isidro Nudelmann, otra víctima ocasionada en los funerales del señor Zañartu.



IZQUIERDA: don Cosme Martínez, muerto en la Plaza Victoria de Valparaíso.

DERECHA: don Alfredo Muñoz Salucci, estudiante de Medicina, muerto al ir a dejar la bandera del Liceo de Aplicación a la vuelta de los funerales del señor Zañartu Campino, que fué su profesor de Historia.

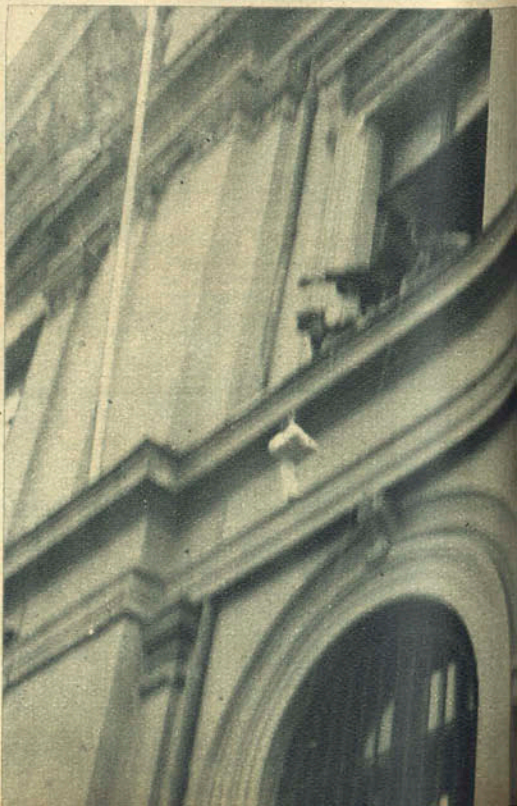




El público indignado quema ejemplares del diario «La Nación», que fué el órgano oficial de la Dictadura.



ABAJO: Por medio de cordeles, los estudiantes sitiados en la Universidad izaban los alimentos que les enviaba el Club de la Unión.



El público aprovechaba hasta los ejemplares de los periódicos para exhibir por todas partes la palabra «LIBERTAD».



Una simpática guardia cívica. También ellas contribuyeron a mantener el orden en el tránsito de vehículos.

Cuando los carabineros aún no recibían orden de hacer fuego y sólo se limitaban a cargar a lanzadas, eran burlados por los estudiantes que se trepaban a los barrotes de las ventanas.

ABAJO: Trepado en el capot de un automóvil y enarbolando una escoba, este rotito promete ir a «barrer» la Moneda.

Jamás se habría imaginado este «Valentino» de la calle Ahumada que iba a dirigir el tránsito como un vulgar «carabinero».

ABAJO: A pesar de venir de Aukunco, este «chuasito» manejó el palo a las mil maravillas. Los automovilistas dejaron en manos de este «carabinero civil» gran número de propinas.



ABAJO: Este trata de impedir que nuestro fotógrafo lo enfoque, pues estaba en traje de casa.





La tarde del domingo en la Alameda: ¡Ibáñez ha renunciado!...



Un enorme gentío que el domingo en la noche fué a la casa de don Juan Esteban Montero a ovacionarlo.



Mientras estuvieron los estudiantes en la Universidad cada mañana concurría una poblada a saludarlos.



Para escapar de los asaltos de la caballería, estos curiosos se vieron obligados a refugiarse en un árbol.



Grupo de curiosos rodea a uno de los muertos en la calle Ahumada.



El Administrador Apostólico, Monseñor Horacio Campillo, es aclamado por la multitud al retirarse de la Moneda, después de presentar sus respetos al Vice Presidente de la República.



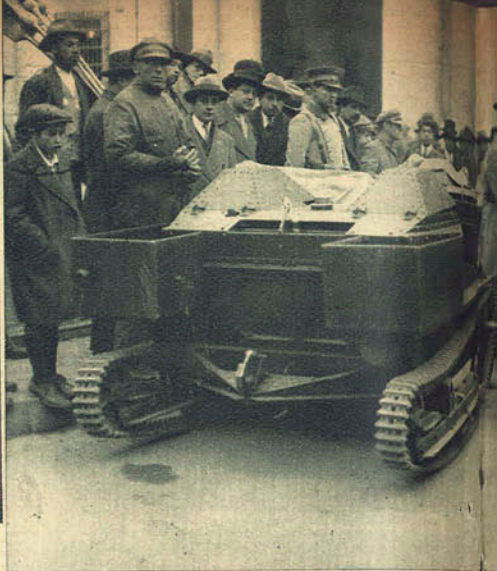
El Club de Carabineros, en que se refugiaron numerosos miembros de esa institución, después de la caída del régimen y desde cuyos balcones hicieron fuego sobre la muchedumbre ocasionando varios heridos y dos muertos.



Cartel izado en uno de los balcones de la Universidad, en el cual se pide la cabeza del Presidente Ibáñez.



En un vulgar camión, los carabineros recogen a uno de los muchos heridos que cayeron en las calles del centro. A consecuencias de los golpes de estos ásperos vehículos, el 99% fallecía antes de llegar a la Asistencia Pública.



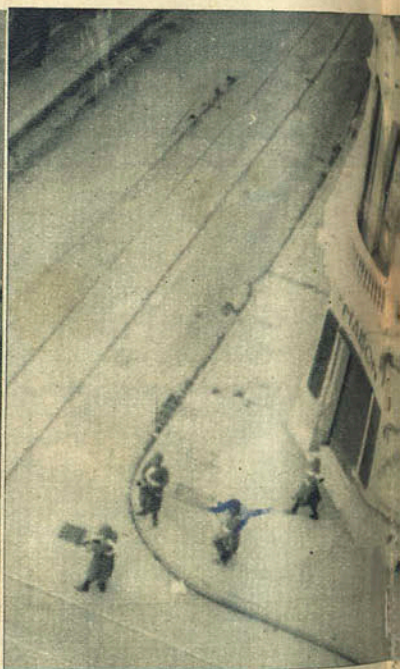
Confundiendo a la muchedumbre desarmada y asustada de la dictadura sacaron hasta pesados tanques que pedía justicia.



El carabinero no vacila en atacar, obedeciendo a un régimen que todo el pueblo repudia.



A despecho de las balas que silban amenazantes, el público se apresura a socorrer al recién caído.



Después de despejar una calle con sus balas fraticidas, los carabineros cargan nuevamente sus armas.



Cierto disparo del público indignado, hace rodar a uno de sus inconscientes agresores.





Un ejército, los defensores para atacar al pueblo



Armada con fusiles-ametralladoras, tropa de línea custodia el Palacio de Gobierno.



Una de las víctimas de la revolución, es socorrida por sus camaradas.



EN EL PALACIO DE LOS TRIBUNALES.—Después de desalojar a los carabineros valiéndose de los grifos, los miembros del Colegio de Abogados se aprestan para repeler un nuevo ataque.



Una de las víctimas de los esbirros de la dictadura. Manos piadosas han tapado con el sombrero la cabeza acibillada por las carabinas.

Por las calles adyacentes al Club de la Unión, los ciudadanos huyen de la fuerza que en la Alameda mata a mansalva.



Carabineros despejando una calle. Ade-
huye la muchedumbre desarmada.
quedan muchos muertos y heridos.





La capilla ardiente, que se erigió en el Hospital San Vicente al señor Jaime Pinto Riesco, uno de los mártires de la gran jornada cívica.



La Unión de Centros de la Juventud Católica y los alumnos de la Universidad Católica, encabezan el cortejo, durante los funerales del Dr. Pinto.

El Dr. Pinto Riesco en la urna mortuoria.



El i m p o n e n t e
acompañamien-
to de los funera-
les del doctor don
Jaime Pinto Ries-
co, al llegar a la
Plazuela del Ce-
menterio General.



Un aspecto de la
calle Panteón du-
rante los funera-
les del señor Pin-
to Riesco, que ad-
quirieron caracte-
res de una apoteo-
sis del pueblo, la
juventud y la so-
ciedad.



Las diversas facul-
tades universita-
rias y señoritas es-
tudiantes se diri-
gen a los funera-
les del doctor Pin-
to Riesco, solida-
rizando con la trá-
gica muerte que
puso una nota de
dolor en la gran
cruzada cívica.





Los funerales de don Alberto Zañartu. La cabeza del cortejo pasando por la Alameda.



Estudiantes y obreros cubren guardia al lado de la carroza mortuoria.

La carroza es arrastrada por los alumnos del Liceo de Aplicación; establecimiento en que el señor Zañartu desempeñaba la cátedra de Historia.





Millares de personas invaden la Alameda para concurrir al comicio que se celebró el lunes.



Todos los tranvías presentaban este aspecto en la tarde del lunes, conduciendo al público que se reunió en la Alameda para exteriorizar su adhesión al nuevo Gobierno.



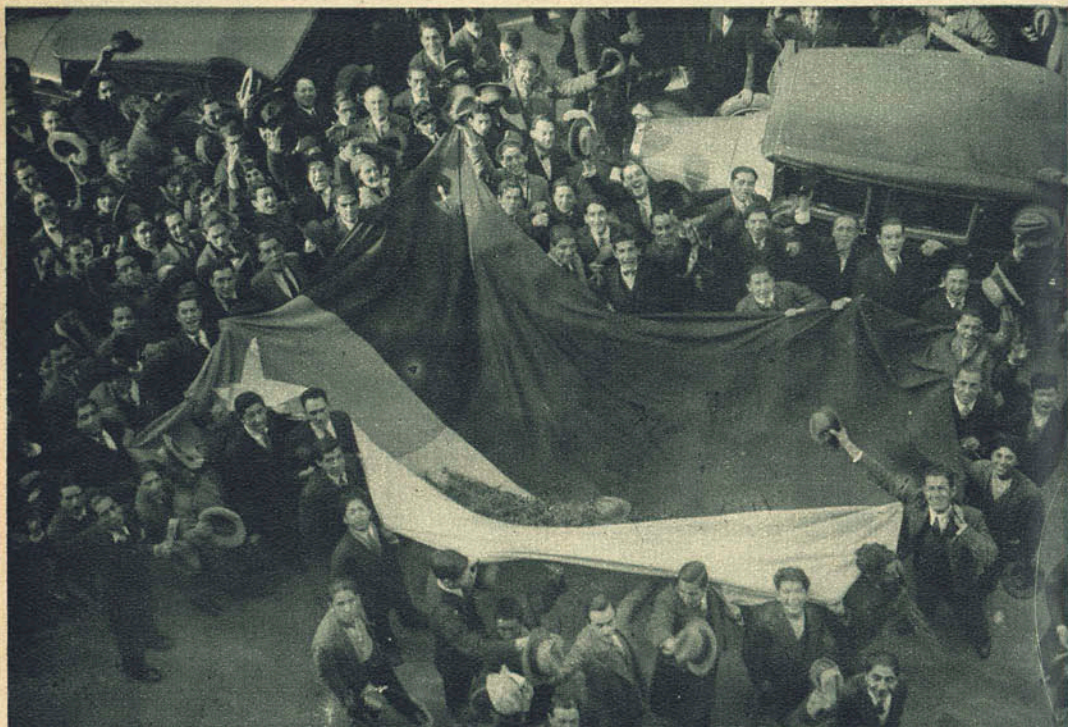
Al conocerse la noticia de la caída de la dictadura, como en las grandes fiestas nacionales, los vecinos se apresuran a embanderar las casas.



Parte del público estacionado en las puertas del Congreso, durante la histórica sesión del lunes, en la que se acordó declarar vacante el puesto de Presidente de la República.



La palabra «LIBERTAD!», impresa en letras rojas en un gran cartelón, es como una divisa en el frontis de la Universidad.



El pabellón nacional es paseado en triunfo por las calles de la ciudad la tarde del domingo.

«¡Viva la libertad!», gritaban los muchachos alborozados.



No deje de leer en "ZIG-ZAG" del sábado próximo las nuevas informaciones de la Revolución de julio.



Fueron delirantes las manifestaciones populares. Un aspecto del grandioso desfile del domingo en la tarde.



En el Club de la Unión el pabellón nacional es colocado a los sonos del himno nacional que entonan los socios y la muchedumbre de la calle.



«¡Adelante, confiados y alegres!...», entona la muchachada en un desfile.



Fueron generales y unánimes las explosiones de entusiasmo al saberse el alejamiento del Poder del ex-Presidente. Un auto ocupado por estudiantes que rebosa de entusiasmo



Esta actitud amenazante no es sino un gesto de alegría al saberse que había llegado el imperio de la libertad.



La noble muchachada se abraza emocionada frente a la Universidad, celebrando el triunfo.



«Libertad» fué el lema que guió a los universitarios en su cruzada cívica.



Un rumor falso que en sus comienzos produjo júbilo: un oficial del Buin aclamado por la muchedumbre, que creía que este Regimiento se había apoderado de la Moneda, derribando al ex Mandatario.

ELLAS, que fueron el estímulo del movimiento, reparten proclamas «subversivas», hoy proclamas de salvación nacional.





Al conocerse la determinación del General Ibáñez de dejar el Mando, la muchedumbre se dirigió al centro utilizando cualquier medio de locomoción. Aquí vemos un tranvía atestado de una multitud jubilosa.



El regocijo popular se exterioriza en la Alameda. Millares de personas recorren las calles cantando el himno patrio.

La Casa Universitaria, que fué el baluarte de las aspiraciones ciudadanas, es ocupada de nuevo por los estudiantes, después de la caída de la Dictadura.



Don Ismael Valdés Alfonso, Apóstol del Naturismo y de las libertades ciudadanas, habla al pueblo desde un balcón de la calle Ahumada.



Universitarios llevando una bandera nacional se dirigen a los funerales de don Alberto Zañartu Campino, la tarde del domingo.



Con vivas demostraciones de regocijo, el pueblo recibió el lunes en la noche la designación de don Juan Esteban Montero como Vice Presidente de la República.



En la Plaza Italia se organiza un sector del gran desfile con que los estudiantes celebraron el triunfo, el lunes en la tarde. Nótese la participación de las niñas de Liceos.



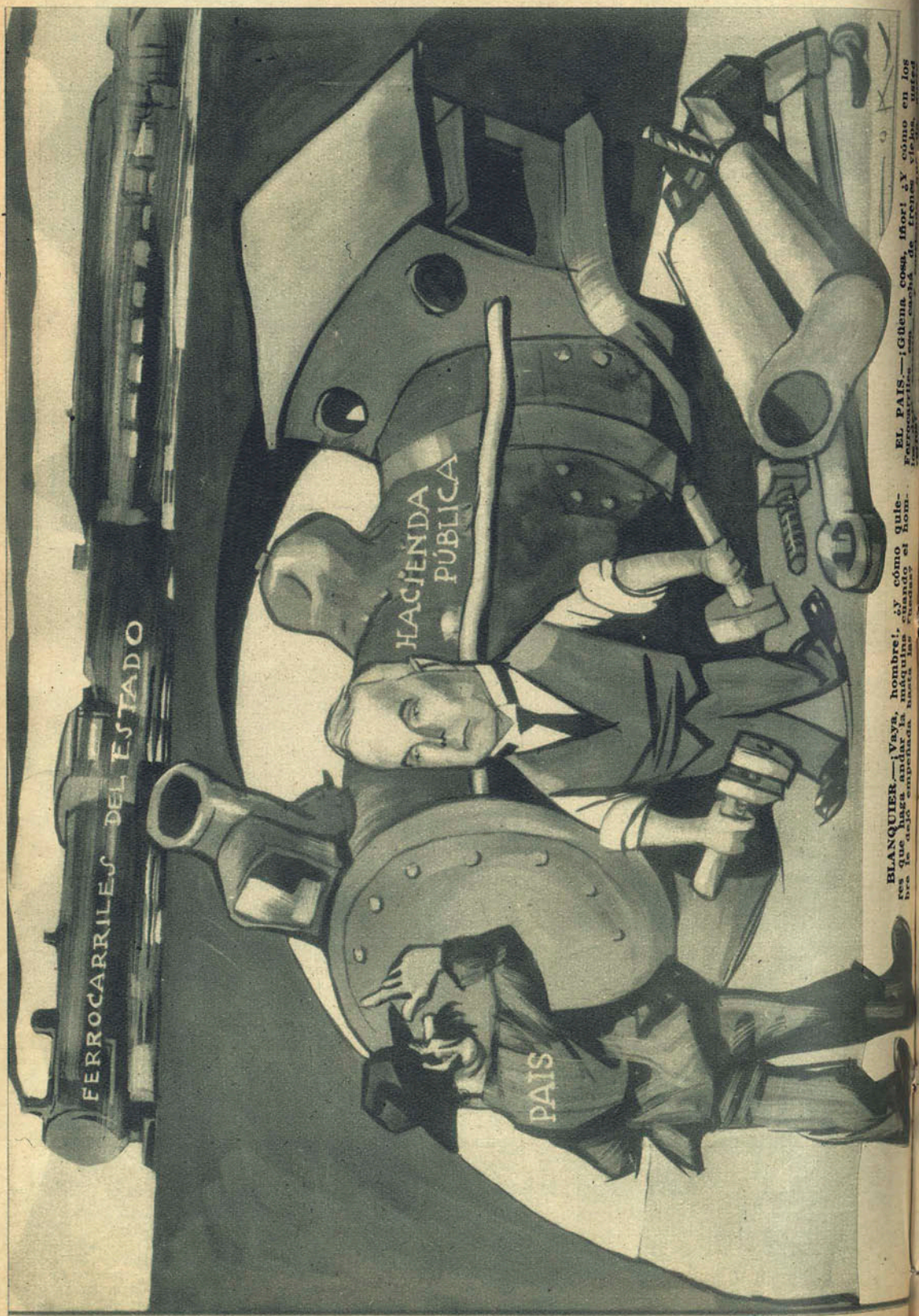
Al saberse la renuncia del ex Presidente Ibáñez, las calles centrales se hicieron materialmente estrechas para contener la muchedumbre que acudía de todos los barrios.



Un improvisado desfile que derrocha entusiasmo.

Cerca de ochenta mil personas asistieron al Gran Comicio celebrado en la Alameda frente a la Universidad, el lunes en la tarde, y en el cual se pidió el enjuiciamiento de los culpables de la Dictadura, la disolución del actual Congreso y la del Cuerpo de Ca-

COM P O N I E N D O L A M A Q U I N A



BLANQUIER.—¡Vaya, hombre! ¿y cómo quie-
ren que se ponga a funcionar el hom-
bre?

EL PAIS.—¡Guerra con fieri y como en los
ferrocarriles!



La tribuna y los oradores en el Comicio efectuado el jueves pasado en Valparaíso, a raíz de la caída del Gabinete Blanco-Montero.

Apenas se conoció en el puerto la caída de Ibáñez, un enorme gentío se desbordó por las calles aclamando la vuelta del régimen constitucional

LA REVOLUCION EN VALPARAISO



Frente a la Prefectura de Investigaciones, numeroso público exige la renuncia inmediata del personal de esa repartición.



Como en la capital, apenas los carabineros se replegaron a sus cuarteles, ciudadanos entusiastas se hicieron cargo de la dirección del tránsito.

Los carabineros se retiran silenciosos a sus cuarteles, sin ser molestados por la muchedumbre, a la que agredieron obedeciendo órdenes de una superioridad inconsciente de sus deberes en una hora tan grave.

LA REVOLUCION EN VALPARAISO



En la Avenida Pedro Montt, un sargento comunica al carabineero que debe retirarse, mientras un obrero está atento para ocupar su puesto.

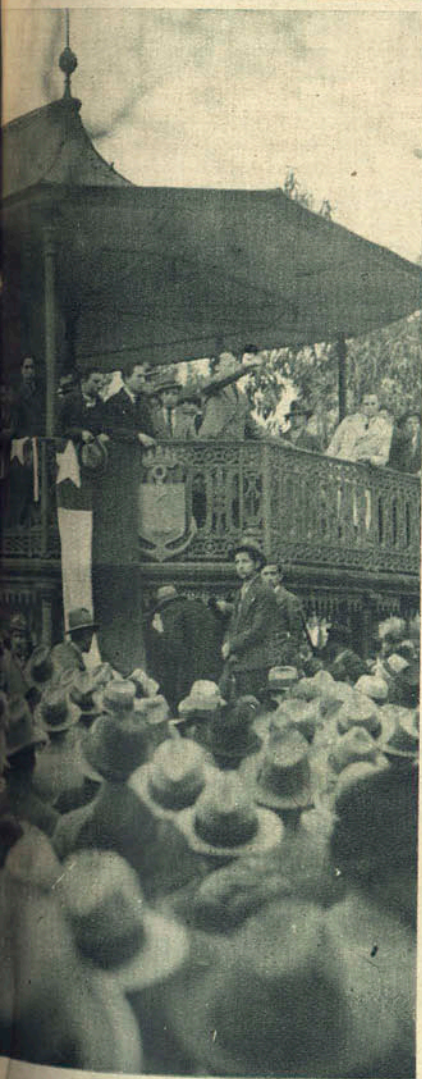
Con vendas y tiras de papel se improvisan uniformes para dirigir el tránsito.



La Revolución en Valparaíso



Frente a la Prefectura de Investigaciones, el público pide la libertad de los reos políticos, aprehendidos en Valparaíso durante los días trágicos que precedieron a la caída de Ibáñez.



Desde el kiosco de la Plaza O'Higgins, un obrero saluda al pueblo una vez conocida la noticia de la renuncia del señor Ibáñez.



Enarbolando una «marraqueta», estos muchachos sintetizan la más grande de las aspiraciones del pueblo.



El público escucha a los oradores, en el acto cívico efectuado el jueves en Valparaíso.



Gritos de júbilo saludaron el advenimiento de la hora de la libertad ciudadana.



Los carabineros forman un compacto cordón en las calles centrales, mientras el público espera con incertidumbre las noticias que van llegando desde la capital.



Juan Manuel la alcanzó para despojarla de la cesta que, aunque ella protestó que no pesaba nada, él insistió en llevar.

El tren dió el resoplido final y los pasajeros se encontraron en el andén, algunos atendiendo las llamadas de los cocheros, otros considerando las ofertas de los agentes de hoteles y unos cuantos entregados al dulce placer de la bienvenida familiar. Sólo Juan Manuel Garrido no hizo caso de cocheros ni buscó hoteles, ni mucho menos se vió entre rostros jubilosos que celebrasen su llegada. Descendió del tren con la indiferencia del que no espera ser conocido ni conocer a nadie. Pintor vagabundo, como lo llamaban sus amigos porque recorría eternamente esos mundos en busca de temas para sus cuadros, había venido desde muy lejos a ese dulce pueblecito de la costa del Pacífico para tomar apuntes de las célebres ruinas de un monasterio agustino trepado en lo alto de un promontorio de rocas internado en el mar.

Andariego por costumbre y por placer, prefirió buscar a pie la playa y con sus cartones de dibujo y su caja de lápices bajo el brazo se aventuró con paso lento y mirada contemplativa de artista por entre las callecitas estrechas y quietas del pintoresco pueblo costero. Un reloj público de afónicas campanadas anunció las diez de la mañana y Juan Manuel pensó que para regresar esa misma noche como era su intención, había que encontrar el monasterio inmediatamente. Siguió la marcha un poco más rápida y como descubriera al final de la calle una mujer del pueblo que con la cesta al brazo volvía del mercado, decidió indagar el camino para no perder el tiempo. Pero la respuesta fue un poco confusa; venía de una jovenzuela tímida que no se expresaba bien porque hablaba un tanto entre dientes y sin atreverse a mirarle a la cara. Juan Manuel sólo entendió que había que dar muchas vueltas y seguir muchas calles, por lo que decidió pedir a

EL BESO

UN HERMOSO Y ORIGINAL CUENTO DE HUMANA PASION QUE TERMINA CON UNA INESPERADA Y EMOCIONANTE ESCENA.

la muchacha que ella misma lo guiara, pues estaba un poco de prisa.

Ella accedió con un tímido «Bueno, pues, si el señor quiere». Y dándose media vuelta, se adelantó unos cuantos pasos para no verse caminando junto a él. Juan Manuel, sin embargo, la alcanzó para despojarla de la cesta que aunque ella protestó que no pesaba nada, él insistió en llevar, y ya entonces siguieron marchando juntos, aunque sin decirse una palabra. Cruzaron varias calles torciendo en cuatro o cinco esquinas hasta que ganaron los muelles pestilentes a pescado y envueltos en su eterna atmósfera de humedad salina con su continuo ir y venir de marinos y pescadores. Continuaron luego a lo largo de la costa, dejando atrás el bullicio de los muelles con su aglomeración de barcos y la gritería constante de los vendedores de pescado que ofrecen su mercancía. Entraban en una placidez absoluta, un mar terso rompiendo quietamente sus olas en un leve murmullo, la costa curva, tendida, diluyéndose a lo lejos en un tenue velo de bruma y el cielo nublado y gris filtrando al paisaje la quietud de un día sin sol. Ninguno de los dos hablaba: ella sólo contestó como la interrogara



Consejo de abuela

—Oye hija mía, no te preocupes, eso le pasa a todos los niños. Tal vez es algo que le ha caído pesado. Ante todo límpiale el estómago con

Leche de Magnesia de Phillips

Es lo mejor.

El laxante y anti-ácido por excelencia. Suave, agradable y eficaz.

Si no es Phillips no es legítima.



Especial para las personas que tienen que laxarse periódicamente.

—Cuidese de las imitaciones.

Leche de Magnesia. (M. R.) A base de hidróxido de Magnesia.

Juan Manuel que no tardarían mucho en llegar, y luego volvió a su mutismo de antes y a su actitud tímida. El, por su parte, absorto a ratos en el panorama, poníase luego distraíentemente como meditando los detalles de su cuadro, a observar las huellas que iban dejando sus pisadas en la arena.

Mas súbitamente, con uno de esos cambios rápidos tan conocidos para la gente de mar, el gris del cielo volvióse negro y pronto una fuerte lluvia que puso al mar a dar brincos, seguida de relámpagos y truenos, azotó la costa.

Juan Manuel, con sus cartones de dibujo debajo del brazo y la cesta en una mano, miró a su compañera como preguntando si sabía de algún refugio. Ella contestó que sí y los dos corrieron en dirección de una cabaña deshabitada donde los pescadores, según explicó ella después, guardaban sus redes y sus barcas cuando los sorprendía la tormenta. Llegaron chorreando agua; Juan Manuel dejó caer en el suelo de arena sus cartones, y mientras él se despojaba del saco empapado, ella trataba de sacudirle el agua con una punta seca de su chal. El también se sentó en el suelo para ayudar en la tarea, aunque, a poco, hubo de confesar que estaban echados a perder.

—Pero, qué importa ahora, — dijo volviéndose a mirarla, — con esta lluvia aunque los tuviera, no podría usarlos. ¿Y duran mucho las lluvias por acá? — preguntó después.

—No, — contestó ella, — casi siempre duran una o dos horas y algunas veces hasta sale el sol después.

—¡Ah, entonces magnífico! — rió él, — nos estamos una hora aquí y luego seguimos, ¿eh?

Ella, ya un poco tímida, contestó también sonriendo con un gesto de asentimiento y se puso a enjugarse la cara con el chal.

EL BESO

Juan Manuel, que la observaba, reparó en que era una chiquilla, algunos diez y seis años a lo sumo, tostada y robusta como todas las hijas de la costa, con ojos negros muy brillantes

a pesar de su mirada tímida.

—¿Qué haces? — le dijo Juan Manuel tuteándola. — Ese chal está empapado, toma mi pañuelo. Y él mismo le quitó el chal y lo puso a secar junto a su saco.

Ella, que llevaba una blusa de manga muy corta, tuvo un movimiento de pudor y se cubrió con las manos sus brazos desnudos. Juan Manuel notó aquel movimiento y por sus ojos pasó una sonrisa de codicia. Aquella fué la primera llamada del instinto. Se aproximó a ella y, mirándola fijamente a la cara, le dijo:

—Yo me llamo Juan Manuel, ¿y tú?

—Yo, Marta.

—¿Y vives lejos?

—No, allí donde me encontré el señor.

—¿Y vives sola?

—No, tengo mi abuelo que pesca en alta mar y viene a verme cada mes.

Hay momentos en que el hombre desciende hasta la cobardía por satisfacer un impulso. Juan Manuel en aquella cabaña solitaria sin más testigo que la lluvia y el rugido del mar, sintió surgir en su espíritu el deseo que lleva todo hombre dentro de sí, de dominar, de hacer alarde de su fuerza y superioridad, de ser amo y dueño y apropiarse del objeto deseado porque puede...

Con un movimiento brusco, brillante siempre en sus ojos el fuego de la codicia, tomó a Marta por el tallo atrayéndola hacia sí y la besó largo en los labios, mientras afuera seguía la lluvia.

Marta no tuvo tiempo de resistir porque la acometida fué rápida. Mas, en un momento de descuido en que logró desprenderse de él, se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos de susto,



EN LUCHA ABIERTA CON EL MUNDO

estará Ud. durante toda su vida y el Mundo lo vencerá en definitiva si Ud. no se prepara para triunfar en la vida. El ejército de los fracasados está constituido por aquellos que han sido vencidos por el Mundo. No quiera Ud. ser uno de ellos pudiendo ser de los otros, de los VENCEDORES. Un poco de fuerza de voluntad, un poco de tiempo y muy poco dinero, le bastan a usted para premunirse de armas para triunfar en la lucha por la vida. Estudie un CURSO DE ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA, en cualquiera de los ramos que enumeramos más abajo y que le convenga a Ud., de acuerdo con las circunstancias de la vida.

EL INSTITUTO «PINOCHET LE-BRUN»

SANTIAGO: AVENIDA CLUB HIPICO, 1406

Casilla 424. — Teléfono 474 (Matadero). — Dir. Telegr. «IPILE».

Enseña por correspondencia los siguientes Cursos: TENEDURIA DE LIBROS. — CONTABILIDAD — ARITMETICA COMERCIAL. — GRAMATICA CASTELLANA — MECANOGRAFIA — TAQUIGRAFIA — CORRESPONDENCIA MERCANTIL — ESCRITURA — ORTOGRAFIA — REDACCION — MENTALISMO Y AUAO-SUGESTION — DETECTIVISMO — INGLES — CARICATURISMO — APICULTURA — AVICULTURA — DACTILOSCOPIA — GEOMETRIA — DIBUJO LINEAL — VENDEDOR — ARCHIVO — LEYES TRIBUTARIAS — ESQUEMAS — CONTADOR — ESCUELA ACTIVA.

Este Instituto tiene un DEPARTAMENTO DE ENCARGOS, donde el residente en provincia puede dirigirse para lo que se le OFREZCA en la capital.

Sírvase pedirnos informes hoy mismo acerca de la enseñanza por correspondencia y le enviaremos amplios detalles sin compromiso alguno para usted; recorte y envíenos el siguiente cupón, llenándolo con letra legible:

INSTITUTO «PINOCHET LE-BRUN»

SANTIAGO. — Av. Club Hípico 1406. — Casilla 424.

Sírvanse mandarme informes sin compromiso alguno por mi parte, del Curso que me interesa:

NOMBRE

CIUDAD

CALLE y N.º

CURSO CASILLA

Suc. julio 30-31.

con la respiración entrecortada y temblando toda de miedo.

Luego se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar a grandes sollozos, como lloran los niños, mientras exclamaba a cada momento:

—Me va a pegar mi abuelo, me va a pegar mi abuelo.

Vino entonces la reacción de los sentidos aturridos en un momento de debilidad. Los sollozos de Marta volvieron a Juan Manuel a la realidad. Palpó su cobardía íntegra sintiéndose un ser miserable y pequeño que había tomado ventaja de una criatura indefensa, casi una niña. Sin mirarla, con un gesto de disgusto contra sí mismo, tomó su saco y huyó de la cabaña recorriendo el camino recién andado en dirección a los muelles.

Marta, incorporándose, observó a través de sus lágrimas la figura de Juan Manuel que se alejaba a lo largo de la costa, entre la lluvia.

Por un momento no pensó en nada; después de una conmoción fuerte se paralizó la mente y el cerebro registra tan sólo un trozo en blanco. Luego, en un rato en que no había apartado los ojos de Juan Manuel que se perdía ya en la distancia, se palpó instintivamente los labios con la punta de sus dedos, y fué en ese instante en que tuvo conciencia exacta de lo sucedido. Un beso, el primero para ella,



—Soy yo, Marta — dijo ella, para convencerlo, y adelantándose hacia él le echó los brazos al cuello...

pero un beso ardiente, un beso de fuego. Sigueron mil preguntas interiores y mil suposiciones. ¿Por qué la había besado así? ¿Porque era mujer?... Su abuelo no la besaba de esa manera. ¿Y por qué había llorado? ¿Por miedo a él, a aquel beso?... No, por miedo al abuelo que volvería pronto...

Para Marta, aquel regreso a la casa esa tarde cuando hubo cesado la lluvia, fué la última etapa de su niñez. Se convertía en mujer. Traspasaba los límites de la inocencia. La criatura tímida de la vispera que pasaba desapercibida en las calles del pueblo sin osar levantar la vista, miraba ahora a los marineros y pescadores con ojos inquietos y curiosos como pensando que ellos también podrían besarla como Juan Manuel. Luego se les quedaba viendo la boca y se preguntaba absurdamente si aquellos labios besarían de igual que los de Juan Manuel. Ellos, al notar que eran objeto de atención, se volvían a verla reparando en aquella mirada brillante de ojos negriscos que coqueaban sin saberlo, porque Marta los bajaba por costumbre y luego los dirigía otra vez hacia ellos para ver si seguían viéndola. Los marineros, no encontrando a la muchacha del todo despreciable, le dirigían piro-

Reumatismo

Sea precavido. Los primeros dolores no deben ser descuidados; de lo contrario está usted en peligro de llegar al completo abatimiento.

Dolores en la cintura, dificultad para enderezarse después de haberse agachado, coyunturas hinchadas, mal de las vías urinarias, mal sabor, insomnio, son todos síntomas ocasionados por el exceso de Acido Úrico en el organismo, produciendo la afección que llamamos Reumatismo. Los cristales cortantes de Acido Úrico laceran los nervios, provocando sus constantes dolores. Los riñones están fallando en su acción y no llevan a cabo su misión de filtrar y purificar la sangre. Usted debe obrar sin tardanza.

La curación de personas que antes padecían le inducirá seguramente a creer que es posible terminar con sus dolores y falta de sueño en una forma sencilla, siguiendo un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, en venta en todas las boticas del mundo.

¿Por qué seguir enfermo cuando existe un medicamento recomendado por los médicos y aprobado por el público desde hace más de 40 años? En bien de su salud, le conviene tener siempre un frasco en su casa. Ya no es necesario el reposo completo, en la incertidumbre de poder obtener el alivio de los dolores que le atormentan. Tampoco es necesario malgastar dinero en preparaciones desconocidas, ni en drogas que excitan el estómago, ni en purgantes que no pueden ayudar a los Riñones a funcionar normalmente.



FORMULA

A base de Extracto Medicinal de Pichi, Buchu, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.



SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Dirijese a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Depto. Suc.), Casilla No. 3312. Santiago de Chile.

E L B E S O

pos propios de su clase y ella sonreía de sorpresa, enseñando unos dientes muy blancos que formaban un contraste fascinador con sus ojos negros. Ya la hoguera empezaba a arder y a arder a llamaradas. Ya Marta no podía salir a la calle sin que la reconocieran sus galanteadores de la víspera y sin que de los pipos al azar se pasara a las pláticas a huertadillas, a la caricia, al apretón de talle, al beso...

Hubo la circunstancia de que el abuelo había emprendido un viaje largo a las Islas Guadalupe y los galanteadores de Marta, aprovechando la oportunidad, la siguieron hasta su casa y pugnaban por entrar con ella, pero la muchacha, riendo a carcajadas, les cerraba la puerta antes de que tuvieran tiempo de traspasar el umbral. Jacobo, un sargento de infantería, fué, sin embargo, el primero en introducirse, porque la fascinó con la promesa de un viaje a la capital.

Y así siguieron muchos...

Cuatro años más tarde, Juan Manuel Garrido volvió al mismo pueblecito costero en viaje errante, como antaño, buscando nuevos panoramas para sus cuadros, y una tarde que pasaba por una calle apartada, oyó que lo llamaban por su nombre:

—¡Juan Manuel, Juan Manuel!

Volvióse extrañado y vió a una mujer morena pintarrajados los labios de carmín barato y los ojos ensombrecidos de lápiz negro.

El incrédulo se resistió a reconocer en aquella voz incitante de sirena, la vocecita ingenua que llorase junto a él en un día de lluvia hacía cuatro años.

—Si soy yo, Marta, — dijo ella para convencerlo. Y, adelantándose hacia él, le echó los brazos al cuello y fué ella esta vez la que hundió sus labios en los de él...

Fué sólo un beso, pero un beso de fuego...

El "Nudismo" y la Moral en 1931

Atlantic City.— Estas playas, mundialmente célebres por la enorme afluencia a ellas de las mujeres más bellas que existen en los Estados Unidos, presentan este año una atracción mayor a los amantes de los "bellos panoramas".

Los dictadores de las modas femeninas, resolvieron la creación de vestidos de calle y salones tan largos que sus bordes llegan al suelo; pero, esos mismos creadores de modas, en complicidad con los defensores del "nudismo", han lanzado nuevas creaciones en los trajes de baño femeninos, que prácticamente poco cubren.

Y, así se ven a las muchachas y señoras en las calles y salones elegantes usando vestidos que honestamente y con gran pudor cubren hasta las punteras de sus zapatos; mas, esas mismas muchachas y señoras, pasean sus bellas formas en la playa, vistiendo trajes de baño que sólo cubren muy contadas pulgadas de sus cuerpos.

Recientemente, en Nueva York, una jovencita de atractiva belleza fué a bañar con otras muchachas y jóvenes. Ellos habían leído el "nudismo" imperante en determinadas playas y campamentos que existen principalmente en Alemania y Rusia, y creyeron conveniente fomentar aquí en los Estados Unidos. Y, pensando y haciendo, todos en el grupo se lanzaron al agua sin ropa alguna. Mas, luego, el padre de aquella muchacha, hombre de ideas del más refinado puritanismo, al conocer lo sucedido, disparó su pistola sobre el corazón de su bellísima hija, matándola instantáneamente.

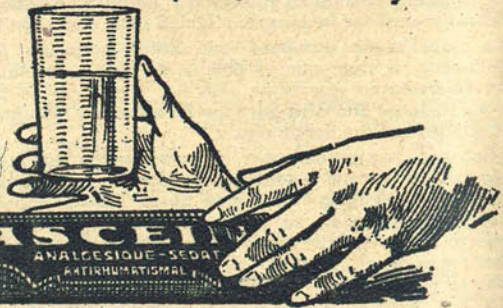
En Atlantic City, muchos han sido los divorcios que ha originado la nueva moda de los trajes de baño tan descotados.

NEURALGIAS-JAQUECAS-GRIPE-CIATICA REUMATISMOS Y TODO DOLOR

*Alivio inmediato sin acción nociva sobre el estómago
por lo*

ASCEINE

Ácido-acetil-salicílico-acetpara-fenetidina-cafeína.



FABRICANTE

Laboratorios O. ROLLAND Lyon - Francia
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

En tubos de 20 tabletas

No acepte tabletas sueltas



LOS MUERTOS VIVOS

La madre de Lenoir declarando ante el Tribunal.

Ecos de un proceso sensacional, que apasionó a la opinión mundial.

Viven diseminados por la tierra, seres que esconden, tras nombres supuestos y a veces con sus rasgos fisonómicos deformados por cicatrices o por hábiles maquillajes, la tragedia de amargas desventuras o la vergüenza de grandes crímenes.

Muchas son las personas que habiendo viajado por diferentes países, han creído percibir los rasgos fisonómicos de algún conocido, al que se tiene por muerto; o bien, durante algún paseo o en un teatro de arrabal, han creído encontrar al criminal o estafador que la policía buscó afanosamente y cuyo rastro quedó perdido en un impenetrable misterio.

La guerra europea, con todos sus horrores y tristes consecuencias, ha plagado el mundo de estos seres anónimos, verdaderos muertos vivos que, renunciando a sus hogares y a los halagos de sus familias, corren su suerte por entre las multitudes cosmopolitas de los apartados puertos de Oriente, o encerrados en algún convento de fralles expían a solas con su conciencia el fantasma de su crimen u olvidan en la piedad cristiana la injusticia del mundo que les achacó una falta que jamás cometieron.

en una ciudad italiana a Pierre Lenoir, personaje principal de un sensacional proceso de traición a la patria y que, por la importancia de los que en él actuaron, apasionó, no tan sólo a París, sino al mundo entero.

Los hechos se desarrollaron en la siguiente forma:

En la primavera de 1915, el frente francés defendía, después de inauditos esfuerzos, el avance alemán hacia la costa, después de haber fracasado en su objetivo de París. Por otra parte, los rusos obligan a los ejércitos de los Imperios Centrales a distraer gran parte de sus hombres, teniendo que recurrir, para no verse en descu-

bierto por los enemigos, a emplear las falsas ofensivas que, naturalmente, se estrellaban ante la sólida defensa francesa.

Para encontrar el punto débil de esta muralla de hombres y cañones, se intensificó el espionaje, sirviendo Suiza de un verdadero trampolín. De Lausanne y de Zurich, los emisarios de Berlín, perfectamente disfrazados y, sobre todo, repletos sus carteras de dinero, partían a Francia a indagar entre las multitudes el pensamiento de la nación y a buscar cómplices influyentes que secundaran sus planes. Los Imperios Centrales buscaban en Francia un órgano de publicidad a fin de infiltrar en las masas el derrotismo. ¿Qué diario sería el elegido? Nada menos que el «Journal», portavoz de París, de la Francia del mundo... Alrededor del «Journal» se había



Lenoir ante sus jueces.

Ultimamente, un periodista pudo descubrir casualmente



Público asistente a las sesiones del Tribunal.

agrupado lo más selecto y patriota de París, para emprender la campaña de salvación nacional.

Tentativas que fracasan.

Bajo el disfraz de que una sociedad norteamericana se interesaba por el diario, se hizo en junio de 1915 una oferta de 10 millones de francos.

El propietario del «Journal», hijo del fundador del mismo, rehusó la oferta; y su director, Charles Humbert, fué de la misma opinión, aconsejando que en ningún caso era oportuno desprenderse del diario.

La campaña ¡CANONES Y MUNICIONES! seguía su curso dando óptimos resultados, pues el Gobierno habilitaba las usinas particulares para la fabricación de municiones y en los establecimientos del Estado se trabajaba día y noche.

Los días pasan; Berlín apremia a sus espías, hasta que, ¡por fin!, uno de ellos se conquista la confianza de Charles Humbert, que aconseja él mismo, esta vez, al propietario, M. Henri Letellier, aceptar las ofertas, con gran asombro de éste, que ve a la cabeza de los eventuales compradores a las mismas personas a quienes le había aconsejado que rechazara.

Se teje nuevamente la invisible tela de influencias que estrecha cada vez más a las víctimas y se consigue, bajo la más correcta apariencia, que el propietario de «Journal» ceda ante la oferta de 21 millones de francos!...

Las cabezas visibles del negocio.

Para que la apariencia de corrección fuese completa, figuraba subscribiendo la cantidad de 21 millones el mismo director Charles Humbert, para lo cual hipotecó sus propiedades. Un abogado, Guillermo Desouches, que en esa época estaba de moda, subscribió una suma importante; pero el grueso de la cantidad lo aportó la señora Lenoir, madre de un joven derrochador que había heredado, según se decía, una numerosa cantidad de millones de su padre laborioso y económico. El hijo de esta señora, Pierre Lenoir, aparecía como intermediario y agente de un grupo americano que había asegurado a M. Letellier, utilizaría su diario para fines de publicidad, favoreciendo, naturalmente, la causa

de los Aliados. Sucedió, sin embargo, que Lenoir, cada vez que se refería a sus comanditarios, en lugar de situarlos al otro lado del Atlántico, los situaba al otro lado de los Alpes, en Suiza, lo que hizo entrar en sospechas a los agentes franceses. Estas sospechas se vieron confirmadas cuando se supo que el verdadero capitalista de este negocio era un industrial de Zurich, M. Scheller, detrás del cual estaba la «Darmstadter Bank».

No existiendo ninguna duda sobre las intenciones de los nuevos propietarios de «Journal», la policía francesa tomó

presos al joven Lenoir, al abogado Desouches y también a un oficial de la segunda Prefectura, el capitán Ledoux, a quien se le acusaba de complicidad por la complacencia que tuvo para revisar los pasaportes de los personajes que habían actuado en esta operación internacional.

Por la imprudencia de Charles Humbert, «Journal» principió a desacreditarse ante la opinión, y habría venido una liquidación si el negocio no hubiese sido deshecho y vuelto nuevamente a su anterior propietario M. Letellier, quien le encargó la dirección a Francois Mouthon, volviendo nuevamente a ser el portavoz de la opinión pública francesa.

Los acusados de complicidad en este negocio quedaron presos hasta la terminación de la guerra.

Duro en la dirección de la guerra, «El Tigre» se mostraba feroz con los traidores y los espías que habían puesto la victoria en peligro. Charles Humbert debía responder de su error, Ledoux de su complacencia, Desouches de su adhesión a una combinación tan dudosa, Pierre Lenoir de su felonía. El Tribunal perdonó a los dos primeros acusados, Desouches fué condenado a cinco años de prisión y Lenoir a la pena de muerte.

Las incidencias del proceso.

No se discute un castigo proporcional al crimen, pero siempre se discute al procesado. Algunos creían a Lenoir un desequilibrado; otros como un intoxi-



El abogado defensor, M. de Molènes.

cado. Sus compañeros de fiestas y confidentes, decían:

—Si él quisiera hablar... No tendría más que decir algunas palabras y seguramente lo indultarían.

Ante los jueces, su abogado, el elocuente M. de Molenes, le suplicaba:

—Lenoir, ¿no tiene usted nada más que decir en su defensa?

Una mujer le imploraba llorando:

—Habla, hijo mío... yo estoy segura que tú no has hecho nada incorrecto... Diles todo y te absolverán.

En la cara de Lenoir se reflejaba la intensa lucha que se desarrollaba en su interior y sus grandes labios se entreabrían como para dar paso a sensacionales revelaciones. Pero nada de esto sucedía y sólo repetía sus protestas de inocencia, que causaban en las personas de los Jurados un gesto de decepción e impaciencia.

La ejecución.

Hasta el 9 de septiembre, después de esperar en vano las revelaciones que se suponía iban a cambiar el giro de los acontecimientos, quedó pendiente el recurso de gracia interpuesto ante el Presidente de la República, el que, no viendo las causales atenuantes, lo rechazó. El fuerte de Vincennes recibió la orden de alistar el pelotón, pues la ejecución debía efectuarse en la madrugada del día siguiente.

Entretanto, el abogado defensor tenía una larga entrevista con el acusado, al término de la cual sale apresuradamente de la prisión, diciéndole al chauffeur: —«Rápido, al Ministerio del Interior».

Algunos momentos más tarde, un ciclista salía del Ministerio llevando un pliego. Era una prórroga. Clemenceau le había acordado a Pierre Lenoir 24 horas para que revelase su secreto.

Algunas horas más tarde, el Comandante Jullien, relator del proceso, es introducido en la celda de Lenoir, de donde sale al cabo de una hora, después de haber conferenciado con el preso, con el ceño arrugado y sumamente preocupado se dirige al Ministerio. La conferencia con «El Tigre» dura un cuarto de hora. Se sabe, después, que la ejecución no tendrá lugar al otro día. ¿Habría, al fin, el condenado? Pero, ¿qué diría?

LOS MUERTOS VIVOS

Quince días pasan sin que se pueda saber absolutamente nada. En la noche del 24, en la redacción de los diarios, se supo la noticia de que la ejecución de Lenoir tendría lugar al amanecer del día siguiente.

Amanecía, cuando el auto que llevaba al condenado salía de la prisión, seguido de dos coches. En uno de ellos iban dos íntimos de «El Tigre», y, en el segundo, el General Berdoulat, Gobernador de París, con dos oficiales.

Las personas que a esa hora transitaban por los alrededores de la prisión, vieron que en el primer coche iba un hombre, más bien tendido que sentado; la cabeza echada hacia atrás y cuya cara estaba cubierta con el sombrero:

Una mujer hizo la siguiente reflexión: —«Parece que ya está muerto».

Se supo, después, que el confesor no le pudo sacar ninguna palabra y que los soldados tuvieron que bajarlo en brazos y colocarlo en un banco, de donde lo volvieron a tomar para transportarlo a otro coche que debía llevarlo al sitio de la ejecución, en donde se había hecho colocar una silla, pues el condenado no tendría fuerzas para estar de pie... Cuatro gendarmes lo tomaron del cuerpo y de las piernas, para trasladarlo a la silla del suplicio, donde un oficial, venido especialmente para vigilar la ejecución, le tapó los ojos con un gran pañuelo azul que le cubría toda la cara. Precaución inútil, porque esos ojos estaban cerrados. El hombre no podía ver ni entender nada...

Disparada la salva, nada se movió en la silla. El condenado, ¿estaba verdaderamente vivo antes de que el pelotón hiciera fuego?

La señora Lenoir reclamó inútilmente el cuerpo de su hijo.

¿Jamás lo pudo conseguir!

Clemenceau había intervenido para que esta ejecución quedase en el secreto. ¿Por qué tanto misterio en el cumplimiento de la Ley?

¿Era realmente Pierre Lenoir el ajusticiado de Vincennes, o es este otro que vive actualmente en una ciudad italiana convertido en fraile franciscano?

En el próximo número:

LAS REVELACIONES DE PIERRE LENOIR AL «TIGRE» Y SU VERDADERA IDENTIDAD.

En "SUCESOS"



Grupo de asistentes a la manifestación con que la redacción de «SUCESOS» festejó a la señorita Eloísa Valdivia, con motivo de su jubilación, después de 25 años de servicios en la Empresa «ZIG-ZAG». La festejada aparece al centro, rodeada del Administrador General de la Empresa «Zig-Zag», del Jefe Técnico de los Talleres de la misma, de nuestro Director y del personal de Redacción de «SUCESOS».

¡Quién no se arriesga no pasa el río...!

EL QUERIA CASARSE Y PIDIO AUMENTO...

¿Estaba chiflado Bill Melford?

No, señores, por más que sus amigos lo tenían por monomaniaco.

¿Su monomanía?

Senocillamente: que no podía contemplar la manilla de latón de una puerta, sin lanzar un suspiro y sin decir después:

—¡Qué desgraciado soy!

Siempre pensaba que en Londres existen centenares de miles de planchas, buzones, llamadores y demás similares de objetos de latón o de bronce, y que, de haber tenido suerte, contaría

dentro de un tubo como el de las pinturas o los dentífricos. La presentación no podía ser mejor; y si usted piensa en la cantidad de manillas y llamadores que hay en Londres solamente...

—¿Cuántos?—preguntó el señor Casson bruscamente.

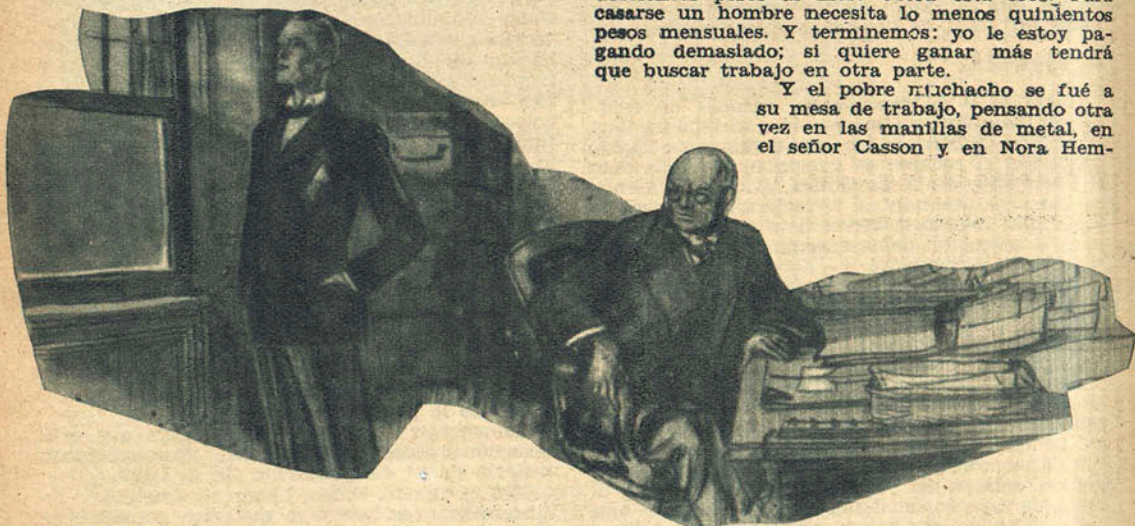
Bill no contestó.

—¿Lo ignora usted y afirma que era un buen negocio? Esto sólo es bastante para que no le aumente nunca el sueldo. Además, un soltero tiene bastante con doscientos pesos.

—¿Y si yo quisiera casarme?

—¡Casarse!—exclamó el señor Casson.—¡Con doscientos pesos al mes! Usted está loco. Para casarse un hombre necesita lo menos quinientos pesos mensuales. Y terminemos: yo le estoy pagando demasiado; si quiere ganar más tendrá que buscar trabajo en otra parte.

Y el pobre muchacho se fué a su mesa de trabajo, pensando otra vez en las manillas de metal, en el señor Casson y en Nora Hem-



—Terminemos de una vez: le estoy pagando demasiado; si quiere ganar más busque trabajo en otra parte, replicó el señor Casson.

con una venta muy decente, en vez de estar ganando doscientos pesos mensuales como empleado en la casa del señor Casson.

Ya se había quejado muchas veces a su principal, con objeto de conseguir un aumento de sueldo. Pero el señor Casson siempre le recibía despreciativo y le decía:

—¿Para qué quiere usted ganar más?

—Porque ya tengo veinticinco años y debo, por lo tanto, tener más sueldo.

—Es que los sueldos no dependen de la edad del interesado, sino que...

Bill le interrumpió:

—Hace ya tres años que trabajo en su casa.

—Tampoco acostumbro a dar aumentos por el tiempo que se ha pasado en ella.

—Siempre me he portado bien.

—No le digo lo contrario—contestó el señor Casson—y por eso se le paga. En fin, hablando de plata, yo podría encontrar un empleado que hiciera su trabajo por ciento cincuenta mensuales.

—Pero no desempeñaría el cargo como yo. Usted sabe muy bien que he tenido un negocio bastante bueno...

—¡Ah, sí! ¡Valiente negocio! Una pasta para limpiar metales.

—Y que los deja como el oro—dijo Bill.—Era un invento mío. Bastaba limpiar la manilla de una puerta, o un llamador, para que durara ocho días sin empañarse.

—¿Y a dónde ha ido a parar ese negocio?

—Pues, tuve que abandonarlo por falta de capital.

—Era muy natural que fracasara usted. Hay ya muchas clases de pastas para limpiar metales.

Bill movió la cabeza de un lado a otro, diciendo:

—Se trataba de una especialidad. La pasta iba

ming. Seguro que, de no haber existido esta señorita, Bill se habría conformado con los doscientos pesos, y habría llegado también a mirar con indiferencia las manillas de las puertas; pero ya conocía a la encantadora Nora: se había sentado junto a ella tres veces, para tomar el té, acercándole otras tantas el azucarero, y no podía substraerse a la idea de casarse con ella.

Habían convenido los dos en encontrarse en el salón de té, todos los lunes, miércoles y viernes. Aquel día era viernes, y Bill, con el reloj en la mano, contaba los minutos con impaciencia, olvidándose por un momento de las manillas.

También pensaba que podría casarse sin más sueldo que los doscientos pesos, porque Nora no era, seguramente, de esas jóvenes exigentes que sólo gozan gastando dinero. Vestía de un modo muy sencillo y nunca pasaba de su peso cincuenta para el té. Era de esas mujeres que se amoldan a un marido con poco sueldo.

Bill se había propuesto sondearla para cerciorarse de que no se equivocaba en sus juicios.

LA TREMENDA EQUIVOCACION DE BILL

Por fin llegó Nora y, sentándose ante la misma mesa, miraba fijamente con sus hermosos ojos negros a Bill, y hasta rozó las manos del muchacho cuando fueron a coger al mismo tiempo el jarrito que contenía la leche.

Bill retiró en seguida la suya, pensando que un salón de té no era sitio a propósito para declaraciones. Pero como Nora había notado algo, le quiso allanar el camino.

—Vamos, señor Melford—le dijo—¿qué es lo que quería decir?

¡QUIEN NO SE ARRIESGA NO
PASA EL RIO!...



—¿Yo?
—Sí, usted — replicó Nora.—Hace un momento que quiso decir algo, pero sólo salió de sus labios una palabra que no entendí.

—¿Y qué más?—preguntó el muchacho, muy confuso.

Nora se echó a reír.

—Ya verá usted — siguió Bill.—Ya hace tiempo que nos conocemos...

—Nueve horas.

—¿Cómo!, hace tres semanas justas que por primera vez...

—Me acercó usted el azucarero. ¿No es eso? Pues bien: una hora, tres veces por semana, da por resultado nueve horas, si no mienten las matemáticas.

—Quinientos cuarenta minutos—dijo Bill, riendo.—Todo ese tiempo lo hemos pasado en un salón subterráneo, cuando otros lo habrían aprovechado en el teatro, en el cine, o en el baile. ¿Por qué no hemos hecho nosotros lo mismo?

—Porque ya no estaremos en edad para ello, o porque usted no me ha invitado.

—Pues ahora la invito. Esta noche cenaremos en cualquier parte y después nos iremos al teatro. ¿Acepta usted?

—Con mucho gusto... pero ya es demasiado tarde.

—Sobra tiempo. Aún no son las seis. A las siete habremos comido algo y nos sobrará tiempo para tomar el metro hasta Picadilly—argumentó Bill.

—Bueno. ¿Y dónde nos vestimos?

—¿Para qué?

—Usted es despreocupado como la mayoría de los hombres; pero una señorita no se puede presentar en un restaurant ni en el teatro sin su traje de noche.

—Verdaderamente—inclinó Bill—como cuando yo voy al teatro voy a...

Y fué a decir anfitrion, pero la palabra se le quedó en la garganta. Si Nora quería ir a platea, no tendría más remedio que sacar dos butacas, cuyo importe mercuria considerablemente la mensualidad que acababa de cobrar.

—Pues, andando—dijo Bill, decidido.—Vamos a cambiarnos de traje y nos encontraremos donde usted disponga.

—Usted lo ha de decir.

Bill fué a indicar el quiosco de periódicos del metro; pero no se atrevió.

Nora le salió al paso:

—¿Quiere usted que nos encontremos en el hall del Majestic Hotel, a eso de las siete? ¿Qué le parece?...

—En el Majestic Hotel... bueno, sí... está muy bien.

—¿Quiere usted dejarme escoger el teatro?

—Con mucho gusto.

—Pues el de la Princesa, que aún no conozco.

—Conforme—asintió Bill, maquinalmente.

Diez minutos después llegaba el joven a la conda-turia del teatro, pidiendo dos butacas de platea, cuyo importe de cincuenta pesos depositó en la ventanilla.

—Dispense usted—le dijo el taquillero;—es día de moda y las únicas butacas que quedan valen treinta y siete pesos cada una, incluyendo el impuesto.

Tampoco le entró en provecho la cena a Bill; no pensaba sino en lo que subiría la cuenta y esto le había quitado el apetito.

Bill entregó un billete de cien pesos, del cual le devolvieron veintiséis.

Mientras en su casa se mudaba de traje, recapitaba que había cobrado doscientos pesos y que ya había gastado tres sesenta en los té y en cigarrillos, setenta y cuatro pesos en las butacas, y esto era una merma considerable en su sueldo. Empezaba a ver a Nora lo contrario de lo que él creía. Esta debía estar acostumbrada a ir siempre al teatro en las mejores localidades. Pero ya no tenía más remedio que seguir siempre adelante. Le quedaban unos ciento veintidós pesos, y como conocía un alegre y modesto restaurant donde les servirían cuatro platos por cinco pesos el cubierto, estaba el asunto terminado.

Con esta esperanza y con el dinero que le quedaba, se dirigió al Majestic Hotel.

Nora le esperaba ya en el vestíbulo, luciendo un vestido de seda, un hermoso abrigo y una magnífica piel blanca que le rodeaba el cuello. Estaba hermosísima, y él, asustadísimo, pensó:

«¿Cuántas mensualidades de doscientos pesos representará ese abrigo?»

—Ya estamos otra vez juntos—le dijo Nora.—Si le parece, tomaremos un cocktail.

—¿Cómo?—exclamó Bill, sin haber tenido tiempo de saludarla.

—¿Le extraña a usted que una señorita tome cocktail? ¡Oh, me gustan muchísimo! Pero mi padre no quiere que los tome cuando salimos juntos, él y yo.

Y Nora, dirigiéndose al camarero, con la mayor naturalidad pidió:

—Dos cocktails.

A Bill le supo muy mal, más que por otra cosa, porque le había costado cinco pesos la fiestecita esa.

—Y ahora, ya podemos cenar—volvió a decir la joven, poniéndose de pie.—Sentémonos allí enfrente, debajo de aquel arco.

—¿Pero vamos a cenar aquí?—tartamudeó Bill.

—¿Y por qué no?

—Creo que perderemos mucho tiempo.

Es que ya encargué el menú antes de que usted llegara y también hice que nos reservaran la mesa.

—Es que yo conozco un hermoso restaurant donde...

—¿Hay orquesta?—preguntó Nora.

—No, señorita, pero...

—Entonces nos quedamos aquí. Me encanta cenar con música. ¿Está usted enfermo?

Bill buscaba en las paredes una lista de precios, al mismo tiempo que con la mano derecha palpaba el dinero que le quedaba en el bolsillo.

Pero como los hermosos ojos de Nora esperaban una contestación, exclamó:

—Vamos donde usted guste.

Tanpoco le entró en provecho la cena a Bill, por más que la presentación no dejó nada que desear. No pensaba sino en lo que subiría la cuenta, y esto le quitaba el apetito.

También notó el joven que su linda compañera lucía un collar de perlas que no valdría menos de tres a cuatro mil pesos. ¿Qué podría hacer él con doscientos pesos al mes?

Sin embargo, no salió del Majestic tan mal parado como esperaba. Pagada la cena, que le costó ciento un peso, más cinco de propina, se quedó con once en el bolsillo. Creía que ya no iba a tener más gastos.

Ya iban a salir del hotel, cuando le preguntó el conserje:

—¿Desea taxi el caballero?

—¡Claro!—contestó Nora.

—Pero si el teatro está muy cerca—suspiró el joven.

—¿Pero no ve usted que va a llover? Y con estos zapatos que cuestan... ¡Dios sabe cuánto!...

—Venga un taxi—resolvió Bill.

Una vez en el teatro, pagó al chauffeur y adquirió un argumento de la obra.

Ahora sí que no gastaría más y aún le quedaban ocho pesos y centavos.

—¿Le gusta la representación?—le preguntó a la joven.

—Mucho, pero aún deseaba un favor de usted.

Bill creyó que el teatro se le venía encima, pero hizo un esfuerzo y preguntó:

—¿Qué desea usted, señorita?

—Una cajita de bombones de chocolate. ¿Me permite que llamemos al «groom»?

—Con sumo gusto, señorita.

Nora señaló una cajita de las que el chico llevaba en la bandeja.

—Tres pesos cincuenta—dijo el vendedor.

Bill respiró, pero al instante Nora tomó otra mayor.

—Esa vale cinco pesos—siguió el chico.—Son de los más finos.

Bill pagó la cajita, mientras pensaba:

—¡Dios quiera que no me pida algún refresco!...

El pobre joven quiso evitar la ocasión saliendo en todos los entreactos, con el pretexto de fumar un cigarrillo.

Una vez terminado el espectáculo, le preguntó Nora a su acompañante:

—¿Hacia dónde va usted?

—Hacia Hampstead. ¿Y usted?

—También. Pero no debe acompañarme a casa porque mi padre no sabe que he salido con usted y me refiriera.

Esto satisfizo a Bill. Nora continuó:

—Sin embargo, un taxi puede llevarnos a los dos, y cuando estemos cerca bajaré y tomaré otro hasta mi domicilio. ¿Conformes?

Antes de que el joven contestara, ya había ella llamado un chauffeur.

—Vamos—le dijo a Bill, entrando en el coche.

Ya los dos dentro, se puso Nora a charlar alegremente, al propio tiempo que Bill no perdía de vista el taxímetro. Aquél era el momento oportuno para la declaración; mas no podía decidirse con Nora, que gastaba un abrigo riquísimo, y un collar de perlas digno de una princesa...

Además, aquellos zapatos que valían «¡Dios sabe cuánto!». Y que cenaba en el Majestic, que iba al teatro en butaca de platea, que tenía caprichos... Aquello no era para él.

Aquí llegaban sus pensamientos, cuando Nora llamó al chauffeur para que parara el auto. Después le dió la mano a Bill y dijo:

—Buenas noches, señor Melford, y muchas gracias por sus atenciones... Me ha sido usted muy simpático.



Imprevision

Con frecuencia sufrimos el resultado de un brusco cambio de temperatura, que en el más benigno caso se convierte en un molesto resfriado, al que algunas veces complica una antigua afección de bronquios o pulmones, no completamente curada. Y el peligro de una grave enfermedad nos amenaza.

Previenga usted ese peligro fortaleciendo sus bronquios y pulmones y en general todo su organismo, tomando el científico, admirable e infalible remedio.



JARABE
Resyl M.A.

Fórmula: Eter glicero-guayacólico soluble

Calma y cura TOS, CATARROS, BRONQUITIS, GRIPPE y demás afecciones de las vías respiratorias

En todas las Farmacias.

Bill, que estaba calculando en aquel momento lo que iba a costarle el auto, vió que el taxímetro marcaba tres pesos.

La situación era angustiosa de veras, pero, así y todo, bajó del coche y saludó, sonriendo, a la joven.

—Siempre que usted quiera—siguió ella—podremos disfrutar de una noche tan agradable como ésta.

—Estoy a su disposición, señorita. Cuando usted quiera.

Después volvió a subir al coche, y dando las señas de su casa, pensó resolver el conflicto pidiendo lo que le faltaba para pagar el auto a la dueña de la casa de huéspedes.

Una vez en el piso de arriba, le dijo a la buena señora que le prestara dos pesos cincuenta para pagar el coche, porque el chauffeur no tenía cambio de un billete de cincuenta. Bajó después las escaleras, pagó, y como no diera propina, escapó otra vez hacia arriba para no oír lo que el chauffeur le decía.

LA BATALLA DEL DÍA SIGUIENTE...

Aquella noche la pasó Bill sin poder pegar los ojos, pensando en lo absurdo de sus pretensiones.

Cansado de darse vueltas en la cama, se levantó temprano, resuelto a dar por terminadas unas relaciones que no habían comenzado.

Lo mejor era no pensar más en Nora, puesto que lo que él ganaba no era suficiente ni para media semana.

De pronto se detuvo, y cambiando totalmente de pensamiento, exclamó:

—¿Y por qué no he de casarme con Nora? Si he de ganar más dinero, lo ganaré; y si el señor Casson no me aumenta me buscaré otra casa.

Animado con estas ideas, esperó la llegada del jefe.

—Buenos días, señor Casson—le dijo, cuando éste llegó a la oficina.—Tengo que hablarle respecto de mi sueldo.

—Ya hablamos ayer bastante.

—Lo sé; pero yo no gano aquí más de doscientos pesos mensuales.

—Todavía gana demasiado.

—Yo necesito quinientos pesos, porque es lo menos que un joven necesita para casarse.

—No puedo darle más de lo que le doy.

—Bien. Deme usted trescientos pesos al mes, y en paz.

—No. Y lo que de hoy en adelante le pagaré, serán ciento setenta y cinco pesos.

—¿Menos aún de lo que me da ahora?

—He decidido rebajarle el sueldo.

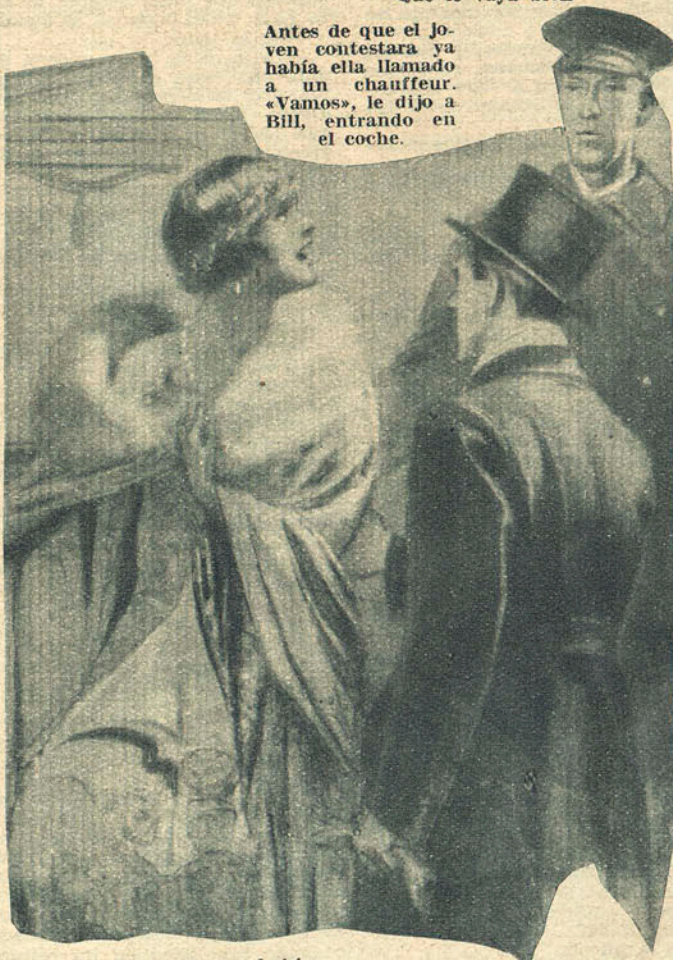
—Y yo no me conformo.

—Está bien. Tome usted una mensualidad de indemnización y búsquese trabajo en otra parte.

—Si usted se figura que yo me conformo con morirme de hambre en su casa, está muy equivocado. Me marchó.

—Que le vaya bien.

Antes de que el joven contestara ya había ella llamado a un chauffeur. «Vamos», le dijo a Bill, entrando en el coche.



De este modo acabó Bill en casa del señor Casson, y con el dinero que le dió pudo pagar la pensión y se quedó con un capital de cuarenta pesos, pero sin trabajo y con la mar de ganas de casarse con una joven cuyos zapatos «¡Dios sabía lo que costaban!».

Así y todo no desmayó y se puso a buscar la colocación ansiada.

Pero pasados varios días y perdidas las esperanzas de encontrar un buen empleo, volvió a su vieja manía.

—¡Si pudiera explotar mis pastas para limpiar metales!, pensó.

En el acto se levantó, y abriendo el armario, sacó una caja que contenía unos doscientos tubos de pasta, sobrante de su negocio.

El precio de cada tubo era de cincuenta centavos, lo cual representaba un capital de ciento cincuenta pesos. Pero, ¿cómo vender la mercancía?...

¡TODO POR LA LINDA NORA!

A las nueve de la mañana del día siguiente, con una cartera de viajante debajo del brazo, se lanzó a la calle, deteniéndose en la primera casa. Sacó un tubo de pasta, vertió sobre el llamador de una de las puertas un poco de ella y se puso a limpiar todos los metales de la puerta. A los pocos momentos brillaban como el oro... Bill tiró del llamador.

—Buenos días, señora—le dijo a la mujer que salió a abrir.—¿Quiere usted tomarse la molestia de mirar los metales de su puerta?

—¿Es usted vendedor de pasta para limpiarlos?

—Sí, señora; de la mejor marca: «Siempre brillante». Se vende en tubitos como éstos, mire usted.

—Tengo pasta para mucho tiempo.

—Pues no lo parece, dado el estado en que tenía usted los metales; pero eso debe de ser porque la clase que usted usa es de la más inferior. ¿Verdad que nunca han brillando como ahora?

—Eso es cierto.

—Luego debe comprar mi pasta.

—Cuarenta centavos el tubo.

—Yo la gasto de treinta centavos.

—¿Y cuántas veces la usa usted por semana?

—Una cada día.

—Pues con una vez por semana tendría bastante usando la que yo le ofrezco.

—De todos modos, no la necesito... Adiós.

Y la mujer cerró la puerta. Pero Bill volvió a llamar sin descorazonarse.

—¿Quiere usted hacer el favor de dejarme en paz?—dijo la mujer.

—Un momento, señora. Le agradeceré que no limpie los metales en toda la semana; el sábado volveré; si se han vuelto negros, le daré cuarenta centavos, y si continúan brillantes, usted me comprará un tubo.

—Bien, hombre, bien... Ya nos veremos el sábado, sí, señor... Adiós...

Durante el resto de la semana, pasó diez horas diarias recorriendo el barrio.

Limpaba los metales, llamaba a la casa después y hacía la proposición de abonar dos chauchas si los picaportes perdían el brillo o se empañaban.

Durante estos días no fué a verse con Nora en el salón de té. ¿Para qué? Ahora ni los doscientos del ala ganaba.

La primera semana consiguió vender cien tubos. Pasó todo el día domingo llenando otros, para seguir el lunes con su negocio.

A eso de las cinco de la tarde llamó a la puerta de la casa que iba a ser la última aquel día. Al abrirse la puerta quedó verdaderamente sorprendido, al ver que en vez de la criada con quien antes había tratado, tenía ante él a su bellísima Nora.

—¿Qué desea usted, señor Melford?—preguntó ella.

—Dispense usted, señorita; no sabía que viviese aquí.

—¿Viene a ver a mi papá?

—No, por quien vengo a preguntar es por la criada. Si usted es tan amable que quiera llamarla... Es una joven bonita, con ojos azules y un hoyuelo en la mejilla...

—¿Y por qué no ha llamado a la puerta de servicio?

—Lo que pretendo es que ella vea el llamador. Mire usted, señorita: lo limpié la semana pasada y convinimos en que, si no perdía el brillo, me compraría un tubo de pasta «Siempre brillante». Si se deslucía le tenía yo que abonar dos chauchas.

—¿De modo que ha sido usted quien ha limpiado nuestros metales?—exclamó Nora.

—¡Claro! Me quedé sin trabajo y he tenido que hacer algo para poder vivir. Por esta causa no voy a tomar el té. Pero, ¿quiere usted tener la bondad de llamar a la criada?

Nora abrió del todo la puerta.

—Sirvase usted pasar—dijo—Papá quiere hablar con usted acerca del llamador.

—¿Para qué?—insistió—Con la criada me basta.

—Es que él quiere verle. Sirvase entrar.

Y como Bill se resistiera, no tuvo Nora más remedio que empujarle, cerrando la puerta tras ellos.

—Pero, señorita...

—Sígame usted. Papá está en su despacho.

Y asomándose a la puerta, dijo solemnemente: —Papá, aquí está el hombre que nos limpió los metales.

Bill entró en la sala y se quedó con una estatua al ver al señor Casson sentado ante el escritorio.

—Señor Casson—balbuceó.

El aludido sonrió.

—Ya me figuraba yo que sería usted—dijo seguidamente—Cuando mi hija me dijo que se había presentado un joven vendiendo pasta para limpiar metales, marca «Siempre brillante», me acordé de usted, siéntese. ¿Recuerda lo mal que me trató usted el mes pasado?

—Señor Casson... yo no sabía que esta puerta fuera la de su casa.

—No se trata de eso. Pero, ¿por qué no me dijo que tenía usted una idea tan magnífica?

¡QUIEN NO SE ARRIESGA NO PASA EL RIO...

—Ya se lo dije y usted me contestó que era un mal negocio.

—Si dije eso, me equivocué. La pasta «Siempre brillante» es la mejor, y la idea del tubo, monumental.

—Lo celebro.

—Pero no ha sido éste su mejor descubrimiento, sino el sistema de venta. Esa es la mejor propaganda que puede hacerse. No dudo de que pronto hará usted fortuna, si cuenta con capital.

—No lo tengo.

—Ya lo sabía, y me alegro, pues esto me permite asociarme a un buen negocio. ¿Quiere usted que formemos una sociedad? Yo pongo el dinero. Usted será el administrador y vendemos los tubos a millones. Infinidad de viajeros proseguirán su sistema de las dos chauchas. ¿Le parece bien?

—Yo no tengo inconveniente.

—Sus honorarios serán cuatrocientos pesos al mes, para empezar.

—Quinientos, interrumpió Nora.

—¿Qué dices?

—Lo que tú has dicho siempre: Que un hombre necesita quinientos pesos para casarse.

—Pero yo no sé si...

—Quizás el señor Melford piense casarse—volvió a hablar la joven.

—Bien—dijo el señor Casson, poniéndose de pie—Sean quinientos pesos. ¿Quiere usted pasar al otro gabinete y haremos el contrato?

Entonces se acercó Nora a su padre, diciéndole que tenía que hablar con el señor Melford y en seguida con él mismo.

—¿Usted no quería casarse?—le dijo a Bill, cuando estuvieron solos.

—Sí, quería, y muy de veras.

—¿Ha pedido usted ya la mano de su novia?

—Aún no, porque ganaba doscientos pesos.

—¿Quiere usted pedirla?

—No puedo aún.

—¿Por qué? ¿Porque es malgastadora? ¿Porque se figura que con quinientos pesos no tendrían para vivir? ¿Es eso lo que le detiene a usted?

—Algo por el estilo.

—Supongamos, señor Melford, que a ella no le importa el lujo y que está dispuesta a quererle mientras usted se hace rico. ¿Qué me dice a esto?

Bill estaba anonadado, pero al fin pudo exclamar:

—¡Nora! La quiero con toda mi alma y mi única ambición es casarme con usted. Si usted quiere esperar a que yo pueda satisfacer todos sus caprichos...

—¡Los cocktails, las cenas en el Majestic! Pues bien, lo mismo hubiera disfrutado aquella noche cenando con usted en un restaurant modesto y yendo después al anfiteatro de un coliseo. Además, mis perlas son falsas; no cuestan más que quince pesos...

—Pero ¿por qué me obligó...?

—Para arruinarme; porque quise ponerle en un compromiso, haciéndole ver, además, que era necesario ganar más dinero.

—¿Y cómo sabía lo que yo ganaba?

—Porque supe que era el empleado de papá, y hablábamos de usted muchas veces. Papá me decía que deseaba darle más dinero, porque usted lo merecía, pero que el negocio no daba para más...

—¡Nora!—exclamó Bill.

—Todo ha sucedido como yo predije, por más que papá creyó que usted se acobardaría.

—¿Y usted cree que con quinientos pesos tendría bastante...?

—Sí, sí, querido Bill.

—¡Oh! ¡Gracias, Nora!... Pero vamos a otro asunto. ¿Podría ahora ver a la niña de los ojos azules?

—¿Para qué?

—Para venderle el primer tubo de la futura compañía. El negocio es el negocio!...

La Vida Amorosa de LANDRÚ

RESUMEN DE LO QUE SE HA PUBLICADO:

Landrú, el criminal que se hiciera famoso en el mundo entero por su audacia y su crueldad, encuentra un día en los jardines del Luxemburgo a la viuda Cuchet. Comienza al instante a enamorarla. Obtiene la necesaria autorización para ir de visita a su departamento y le promete casarse con ella. Landrú es casado. Únicamente busca la aventura que de cualquier manera pueda darle dinero. La engaña y consigue de ella varios miles de francos. Después, desaparece. Al poco tiempo, la encuentra, la convence de su amor y consigue reanudar el idilio. Arrienda, en seguida, una casa, cerca de París, y allí asesina a la viuda y a su hijo, después de una abundante y alegre comida. Descansa algunos días y vuelve a caza de mujeres. Sus aventuras se multiplican.

CAPÍTULO XIV

Era devota, temía a Dios y amaba a Landrú por sobre todas las cosas.

La señorita Fernanda.—

Momentáneamente dueño de cierta cantidad de dinero que lo ponía al abrigo de inquietudes, Landrú dejó como de costumbre de ocuparse de sus «negocios». Siempre después de un crimen, se daba algunos días de reposo. Se alejó, pues, del sitio en que había ocurrido su último drama y

apasionado. Durante ocho días, los amantes vivieron en medio del mayor regocijo. Pero las mejores cosas de la tierra tienen un fin. Landrú volvió un buen día a sentir la necesidad de ocuparse de sus importantes «negocios». Es decir, el dinero empezaba a concluirse. De manera que hizo varios manejos para obtener la utilidad de unos bonos dejados por la señora Buisson. No fue poco trabajo el que tuvo que realizar para conseguir su propósito. Se valió para esto de su mujer, que presentó los papeles de identidad que correspondían a la señora Buisson. Y de esta manera todo anduvo a las mil maravillas. Landrú, una vez conseguido el dinero, pagó a su mujer legítima este servicio, dándole algunos billetes. Y volvió a su soledad, pensando que había llegado el instante de reanudar sus hazas. Su imaginación corrió entonces al encuentro de la señora Jaume. Esta mujer tenía unos cuatro mil francos. No era gran suma, pero no había que desdenarla.

La señora Jaume entra en juego.—

Volvió, pues, a visitar a la señora Jaume, que también—como todas las anteriores víctimas—estaba sugestionada por el don Juan y lo creía el hombre mejor del mundo.

No tardó en llevarla a Gambais. Ahí, el seductor desempeñó estupidamente su papel de enamorado bueno y cariñoso. Y para ganarse por entero, como nunca, la confianza de su amante, quiso tocarle sus sentimientos religiosos, que eran muy firmes. De manera que la condujo a misa a Garanciere. Allí, al pie del altar, él le renovó sus juramentos de amor, que tanto impresionaron a la mujer. A la salida de misa, el alma de la señora Jaume desbordaba felicidad, una felicidad a la vez amorosa y mística. Landrú, mientras ella hablaba, demostrándole su alegría, no hacía sino inclinar la cabeza en señal de asentimiento. Su cara estaba grave. Era Landrú un actor consumado.

La señora Jaume creía haber encontrado al esposo soñado. Presentía que maravillosos días de paz y de hogar jubiloso le estaban reservados.

volvió al boulevard Ney, a la casa en que había vivido con la señora Buisson.

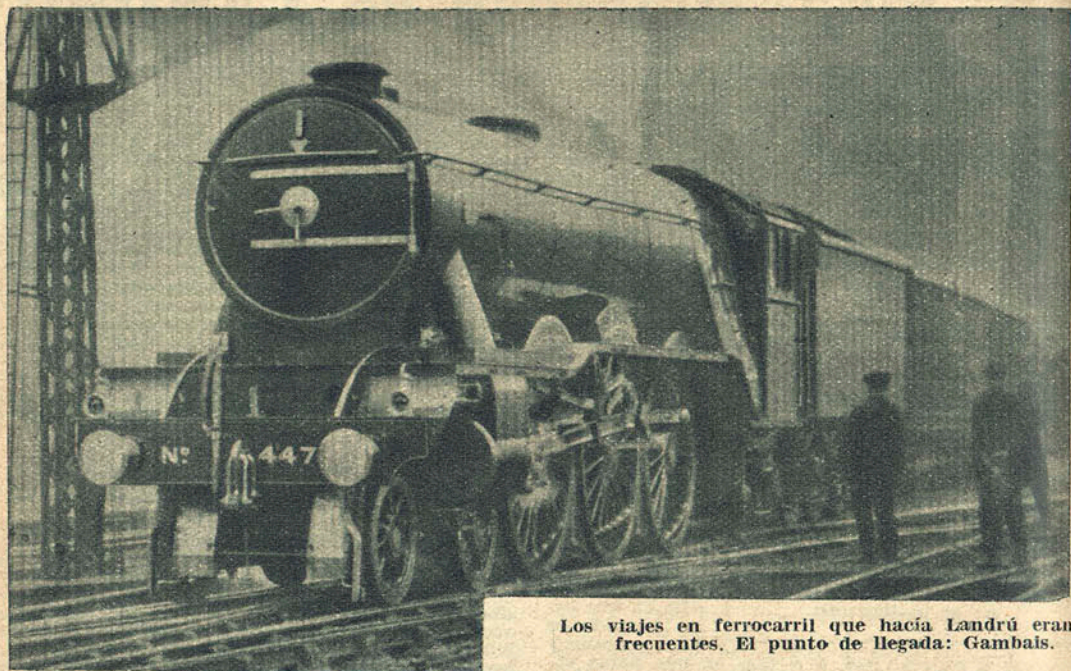
Esta señora lo había dejado todo muy limpio, en excelente estado. El mobiliario que ella había llevado le daba al departamento un aspecto bastante confortable. ¿Podía Landrú dejarlo vacío ahora? Por cierto que no lo pensó siquiera un minuto. Invitó inmediatamente a una de sus últimas conquistas, la señorita Fernanda. Esta no se hizo de rogar. Landrú le ofreció un buen almuerzo, fué con ella extremadamente cariñoso y en seguida, para terminar en espléndida forma la jornada, la llevó al teatro. Fué un día de gran fiesta, de sentimientos felices. Landrú se hallaba contento con su joven amante. Sentía verdadera debilidad por ella. La quería. No pretendía obtener dinero de esta amiga encantadora. A veces, el Barba Azul no quería olvidar que tenía corazón, aunque estuviera éste un poquito negro y en el que se pudieran cobijar todas las infamias.

Y como siempre, empleó con Fernanda un lenguaje florido, lleno de imágenes ardientes.

Ella, por su parte, también estaba contenta. Creía que era una felicidad inmensa haberse encontrado con un hombre tan distinguido e inteligente como Landrú. Nadie había sido con ella jamás tan galante, tan

El Barba Azul francés era cariñosísimo con la señorita Fernanda, que estaba cada día más enamorada de él.





Los viajes en ferrocarril que hacía Landrú eran frecuentes. El punto de llegada: Gambais.

LA VIDA AMOROSA DE LANDRÚ

Pasa el tiempo y Landrú tiende sus redes.—

A los pocos días, regresaron a París. Landrú comenzó entonces a compartir su carifio entre la señora Jaume y la señorita Fernanda.

Por parte de la primera de las nombradas, las cosas no iban como Landrú hubiera querido. De nuevo se sentía atormentada por sus escrúpulos religiosos. La señora Jaume temía a Dios y pensaba que podía castigarla por la vida irregular que estaba haciendo. Landrú tuvo que recurrir a toda su estrategia para conseguir vencer sus incertidumbres, sus pesares, sus dudas, sus remordimientos.

Su victoria no tardó en asomar. La señora Jaume decidió irse a vivir con su amante.

Pasó el tiempo. Y la señora Jaume, cada día más enamorada, ya no veía, no pensaba sino a través de su querido Landrú. De él hablaba a todas horas, llena de entusiasmo, a quien quería oír.

—Es el hombre más bueno, más generoso que pisa la tierra.

Landrú pensó que convenía aprovecharse de estos sentimientos exaltados. Desde luego, resolvió sugerirle la idea de que vendiera todos sus muebles. Así se hizo. Y el dinero pasó a manos del Barba Azul.

Para que no quedara escrúpulo ninguno en la señora Jaume, Landrú la llevó nuevamente a misa, como si también él fuese un alma invadida de místico fervor. Fueron al templo del Sagrado Corazón. Rezaron. La señora Jaume le declaró a su amante:

—Esta oración que hemos rezado juntos, me ha reconfortado. Dios, seguramente, me perdona que te ame de esta manera tan total.

Cuando se levantó, tenía el rostro inundado



La infeliz señora Jaume era devota y a menudo tenía espantosos escrúpulos, que Landrú sabía acallar.

LA VIDA AMOROSA DE LANDRÚ

de lágrimas. Una confianza completa en su futura felicidad la dominaba otra vez.

Pues bien, ya la señora no contaba con más dinero. Únicamente le quedaban algunas acciones. Landrú pensó entonces que era llegado el instante de regresar a Gambais.

—Me siento contentísima de irme contigo al campo—le dijo la pobre mujer.

Landrú sonrió. En seguida, cariñosamente, la besó en las mejillas. Tomaron el tren y partieron. Al llegar al sitio mencionado, se dirigieron a pie hasta la casa. Era largo camino el que se debía recorrer. En cuanto divisaron la morada, dijo Landrú:

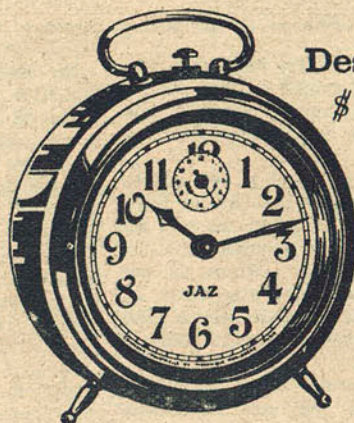
—Esto de haber andado tanto, querida, te ha dado apetito, seguramente. Entra tú sola en la casa. Enciende el fuego. Yo voy a buscar provisiones. Te aseguro que yo también tengo un hambre de todos los demonios.

La señora Jaume aprobó sin reservas. Landrú se fué a buscar lo que necesitaban para comer y ella entró en la casa, a encender el fuego. No sospechaba la infeliz lo que el destino había escrito para ella. Iba a encender la hoguera en la cual ella misma sería quemada cobardemente, con una crueldad espantosa.

Cuando Landrú llegó, el fuego ardía como esperando a un hombre realmente bueno, que se merecía ser amado por una buena mujer.

En nuestro próximo número le relatemos a usted la más impresionante de las historias. Busque «Sucesos» antes de que se agote y léase la continuación de estas sensacionales revelaciones acerca de la tenebrosa vida del terrible criminal.

JAZ



Desde

\$ 25

Niquelados - Esmaltados - Chromes

MODELOS
CLÁSICOSJAZ
DE LUJO

FABRICACIÓN FRANCESA

DESPERTADOR de PRECISIÓN

Miscelánea

Buster Keaton lucha diariamente con la pronunciación francesa, ahora que está filmando en este idioma "Pobre Tenorio", con una compañía francesa y bajo la dirección de Edward Brophy.

Tan pronto como la versión francesa queda concluida, principiará Salvador de Alberich la versión española de la que es autor y en la que actuará como director. La Fox solicitó los servicios de Alberich para que filmara una parte importante en la película "La gran jornada", para la que necesitaba un actor de tipo enérgico y acostumbrado a mandar. Naturalmente, Alberich rehusó la propuesta y este ejemplo deben imitar tantos que son o se hacen pasar por escritores y corresponsales de los periódicos sudamericanos con el solo fin de conseguir trabajo como "extras".



Con que ligereza

ese hombre pone en peligro la salud de su familia, y todo por su fastidiosa tos. Debiera pensar más en su bienestar y hacer algo para curarse el resfriado. Naturalmente, lo único que le puede sanar es

CRESIVAL

(M.R. - Solución de sullocresolato de calcio al 3%)

TORRE DE BABEL.

Las tres virtudes de la mujer

He aquí lo que ha dicho respecto a la mujer un gran escritor inglés, con el "humor" que caracteriza a los filósofos británicos:

Hay tres cosas a las cuales debe parecerse una mujer buena y otras tres con las que no debe guardar semejanza. Debe parecerse primero al caracol, que nunca abandona su casa, pero no debe como este animal ponerse encima todo lo que posee.

En segundo lugar debe parecerse al eco, que no habla más que cuando se le interroga, pero no debe, como aquél, decir siempre la última palabra.

Finalmente, debe ser como el reloj de la ciudad, de una regularidad y una exactitud perfectas, pero no debe, a semejanza de aquél, hacer demasiado ruido para que la oigan en todo el vecindario.

Cosas de toreros.

Ya que nuestra madre patria, con motivo de su cambio de régimen está tan de moda, recordemos una anécdota rela-



EL JOVEN SOCIO. — Quiero que despidas al viajante, porque anduvo diciendo por ahí que era un burro.

EL SOCIO MAS ANTIGUO. — Le reprenderé por no haber sabido mantener en reserva los secretos de la casa.

cionada con la debilidad de los españoles: la tauromaquia.

En cierta ocasión hallábase Lagartijo en un café acompañado de un grupo de admiradores, cuando un pariente le trajo un telegrama que procedía de Norte América. Lo desdobló el torero con su calma habitual, y leyó:

"Deseo conteste telegráficamente qué significa tauromaquia. Gracias. Stevenson".

Pasó Lagartijo el telegrama a sus amigos, diciéndoles:

—¿Qué quise ese tío?

Aclaráronle que lo que aquel "tío" quería era saber lo que era el arte de torear.

Inmediatamente pidió papel, y dictó el siguiente telegrama: "Zeñó Stevenson. Nueva Yó. Tauromaquia e lo que sigue: Sale er toro, se aparta osté. ¿No se aparta osté? Lo aparta er toro. Lagartijo.

Curiosidades

En las manos sucias hay gérmenes de la tuberculosis. No deje que sus hijos las lleven a la boca.

La carne es un alimento necesario, pero su exceso es nocivo.

Los alimentos vegetales son indispensables. Tómelos en abundancia.

Según afirma un sabio francés, en cada beso hay 40.000 microbios.

Cerca del 98 por 100 de los habitantes de China son analfabetos.

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

Puntualidad

Ana Fougue, la Mistinguett nacional italiana, se preparaba a salir después de una matinée. Substituía el "maquillage" de escena por el "maquillage" de calle.

—Es necesario que me apure; a las cinco tengo una cita.

Pero en aquel instante dió la hora un reloj. Entonces, serenada:

—Las seis. ¡Todavía tengo tiempo!

Un placer.

—Enrique, cojeas, ¿qué te pasa?

—Son los zapatos que me aprietan.

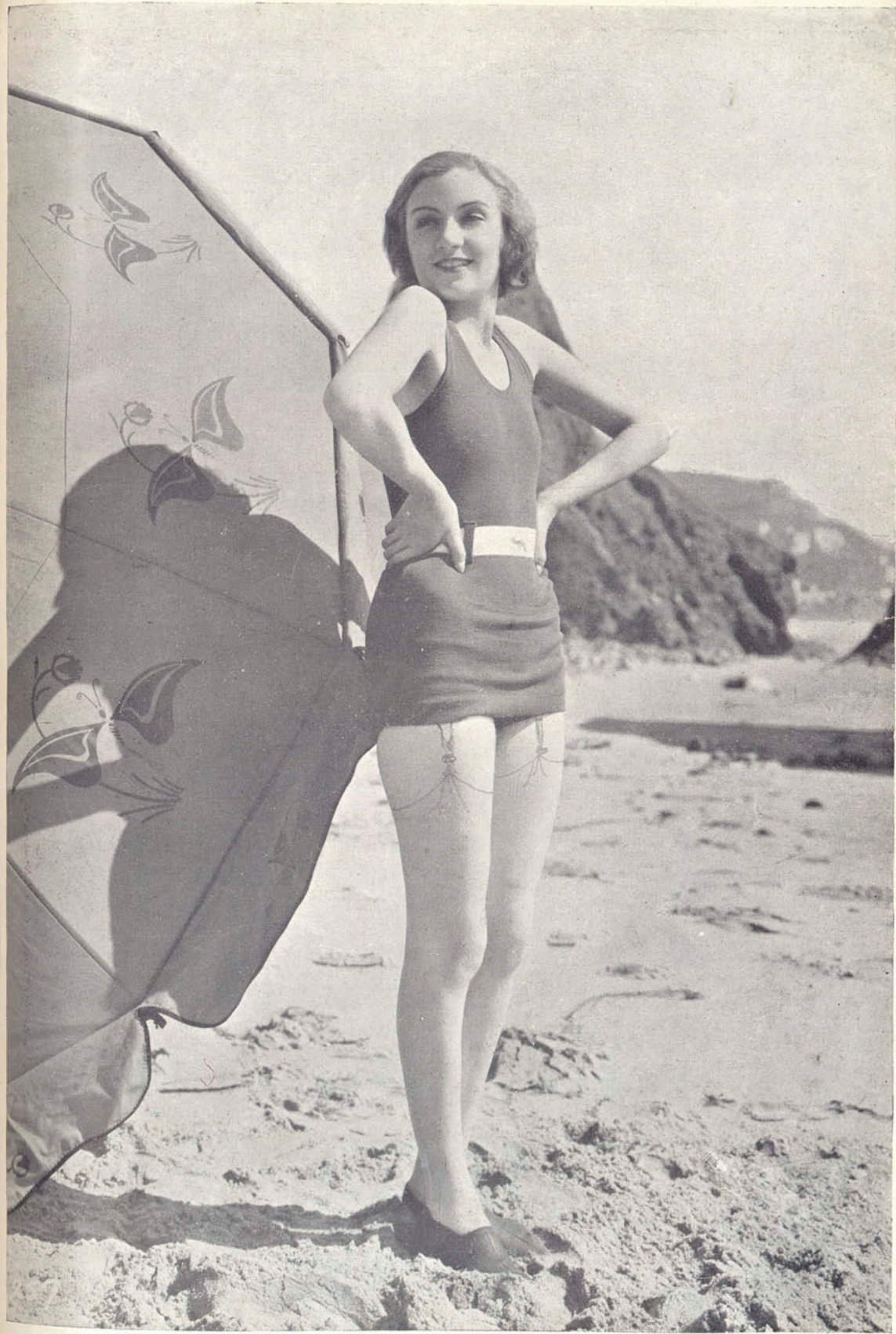
—¿Por qué no te pones otro par?

—Te diré... Mi mujer me exaspera, mis hijos son insupportables, los negocios marchan mal... Entonces, mi único placer consiste, al entrar en casa, en sacarme los zapatos.



EL DUEÑO DE CASA, INDEFENSO. — ¿Me hace usted el favor de declarar en los Impuestos Internos la transferencia de estos valores? ¡No quiero, de ninguna manera, que el Fisco se perjudique!

INTERESA a todos los lectores de «SUCESOS» (nueva época) saber que toda información realmente interesante o sensacional, sea de Santiago o de Provincias, que se le envíe para su publicación, será debidamente remunerada.



MONA GOYA

(Foto «Ecran»)



En una suave
fragancia
se verá envuelta
la dama que usa
**Polvos del
Harem**